

DUPLICADO

1968
↓

Nos. 21-22

Enero - diciembre 196~~2~~ 68

Año XII

BOLETIN DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA



Suscripción anual U.S.A. \$1.00

El precio de las suscripciones puede remitirse a la Administración del Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua.—Sala Española, Biblioteca Nacional, San José Costa Rica.

Editor responsable

Sr. D. ARTURO AGÜERO CHAVES

SUMARIO

Moisés Vincenzi y la soledad del escritor costarricense. (Discurso de incorporación). <i>Alberto F. Cañas</i>	1
La Silla que dejó vacía aquel Maestro. (Discurso de contestación). <i>José Marín Cañas</i>	9
Federico de Onís: un homenaje a su memoria. (Discurso de incorporación). <i>José María Arce</i>	14
Apéndices al discurso anterior	23
Discurso de contestación al anterior. <i>Hernán G. Peralta</i>	34
Duelo académico por la muerte de D. Ricardo Castro Beeche	41
Discurso de nuestro Director D. Hernán G. Peralta en el sepelio de D. Ricardo Castro Beeche	42
Duelo académico por la muerte de D. Hernán Zamora Elizondo	44
Palabras de nuestro Director D. Hernán G. Peralta en los funerales de D. Hernán Zamora Elizondo	46
El Quinto Congreso de Academias de la Lengua Española. Informe de Arturo Agüero Chaves	48

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Año XII

Enero-Diciembre de 1968

Nos. 21-22

Moisés Vincenzi y la soledad del escritor costarricense

ALBERTO F. CAÑAS

Discurso de incorporación pronunciado en la junta pública celebrada por la Academia Costarricense de la Lengua el 5 de diciembre de 1967.

Siento la obligación de dejar constando aquí —especie de preámbulo— el escrúpulo y la duda con que me dispongo a ocupar el sillón académico que Moisés Vincenzi honró. Si pequeños son mis merecimientos para ingresar en esta corporación augusta, esa pequeñez se hace más ostensible cuando se les compara con los de aquél cuya vacante se me ha designado para llenar.

El contraste es entre el profesional y el aficionado; entre el metódico y el improvisador; entre el que dedicó su vida al estudio, y el que —impulsado por otros vendavales— no ha podido hacerlo en la dimensión que lo habría querido; entre quien puso su pluma al servicio de la cultura, de la enseñanza y de la edificación de sus conciudadanos, y quien declara —antes que otros lo declaren por él— que la ha dedicado, en su mayor parte, a la más efímera y superficial de las labores periodísticas.

Si bien los hombres tenemos alguna ingerencia en la determinación de lo que somos, y aun de lo que queremos, ella se nos niega en la de aquello que alcanzamos. Y la forma y condiciones en que yo he alcanzado este honor, son las más apropiadas para agudizar en mí un sentimiento de humildad que el conocimiento propio me tiene ya bien acomodado.

Vengo a ocupar la silla de un hombre fecundo, silencioso y solitario. Si la soledad, como se ha afirmado, es condición inelu-

dible del creador, el aforismo cobra mayor vida cuando se le encaja a la sociedad costarricense. Y aún la adquiere más grande si lo aplicamos a la figura de Moisés Vincenzi.

Se dijo de él que padecía la soledad de las águilas; que volaba a tanta altura, que dejaba de ser perceptible a simple vista. Alguna vez, en la intimidad de una conversación, expresó su inconformidad ante la divulgación muy escasa que alcanzaba la parte más ambiciosa de su obra. Pero es que el filósofo, al disponerse a serlo, renuncia —al menos en la civilización que vivimos— a los halagos de la popularidad. Influye sobre la sociedad de manera trascendente, pero lo consigue por medios indirectos, al través de lo que la selecta minoría de sus lectores o prosélitos pueda a su vez influir más tarde. Es la suya, así, influencia interpósita, pero no por ello menos innegable. Lo terrible no es para el filósofo que no se le comprenda, pues para ello está preparado. Lo terrible es que aquellos que no le comprenden, ni tienen la disciplina o el entrenamiento necesarios para comprenderle, hagan mofa de él y de sus obras. Y es que hay dos clases de *snobismo*: el de quienes dan por necesariamente bueno y admirable lo que no logran entender, y el de los otros —muy frecuentes aquí— que prefieren disimular su incomprensión o su torpeza, desdeñando a gritos la obra que se les escapa, o haciendo chistes sobre ella y sobre su autor.

Los primeros días creadores de Moisés Vincenzi estuvieron frecuentemente salpicados por actitudes así. Admitamos que con el tiempo se le llegó a respetar. Y que incluso los que nunca le leyeron, tal vez porque el instinto les indicaba que hacerlo no era ocupación liviana para ratos de hamaca, terminaron por participar activamente de ese respeto. Aceptación, por lo menos, de que en la comunidad costarricense había una presencia. Una presencia cuyo contenido no estaba al alcance de la mano, pero que alguna importancia había de tener. Fue simbólico el reconocimiento que se le hizo, a poca distancia de su muerte, al entregársele el Premio Nacional de Literatura que se adjudicaba por primera vez. Un jurado de intelectuales, y de altos intelectuales, se elevó sobre las inercias mentales costarricenses, y en ese momento, al honrar, se honró a sí mismo.

Sin embargo, Moisés Vincenzi no es un escritor o un filósofo difícil. Su pensamiento es fácilmente accesible para el hombre medianamente cultivado. Y es que, en el campo de la filosofía, Vincenzi cultivó con más frecuencia y esmero la ética que la metafísica. Su posición dentro de la ética —más cercana a Aristóteles que a Platón— le señala fundamentalmente como un moralista; el hombre se anteponía al filósofo, o le servía de ejemplo. Y cuando

el filósofo pensaba, era el hombre Vincenzi el que terminaba por revelarse, con una posición suavemente nostálgica que se empeñaba en que los hombres fueran como el pensador imaginaba, intuía o sabía que en una época feliz y remota lo habían sido. Al filosofar, predicaba en favor de actitudes morales nobles, altruistas y desinteresadas, dentro de una concepción idealista de la fraternidad universal. El era así: noble, desinteresado y altruista, y por lo tanto se proponía influir para que los hombres siguieran su ejemplo, a sabiendas —porque lo experimentaba— de que dentro de su desprendimiento y digna pobreza, el filósofo había encontrado su propia felicidad. No obstante lo cual, cuando llegaba alguno a quebrar la coraza de su soledad, se encontraba con un ser humano que no asumía actitud olímpica o displaciente ante sus semejantes, sino que, por el contrario, los comprendía sabiamente y sabía mirarles con un prisma de humor tenue y amargo al mismo tiempo.

Parecida fue su filiación estética, y esto llegó, hay que reconocerlo, a aislarle más. Su amor denodado por los días clásicos le llevó a formular teorías estéticas basadas en los clásicos conceptos —otro acercamiento a Aristóteles— y a confundir, digámoslo así, la estética descoyuntada de sus contemporáneos, en un solo haz de decadencias y quizás hasta de mezquindades artísticas y literarias. Era apolíneo y jamás fue dionisiaco. Lo que no obstó para que, nuevamente, el ser humano se le impusiera al pensador, y fuera Moisés Vincenzi un amable estimulador de los jóvenes, y un comprensivo lector de cuantos se iniciaban en la dura y feliz faena, aun dentro de cánones estéticos que él, en sus escritos, repetidamente repudiaba.

Tengo para mí —y así se lo dije una vez en medio de su más rotunda desaprobación— que su labor más directamente útil y original la cumplió en el campo de la filología. Hay que leer sus pequeños y sencillos tratados sobre esa materia, para apreciar cuánta sabiduría y —mejor— cuánto sentido común puede enerrarse en pocas páginas. El genio del idioma no tenía enigmas para él, y cuanto dijo sobre la ortografía, sobre la composición, la puntuación y demás temas siempre áridos para el lego y para el que no los es, lo dijo con amenidad y donaire, con entero conocimiento de causa, con admirable sentido común, y, en más de una venturosa ocasión, expresando puntos de vista y opiniones totalmente personales, alejados con frecuencia de lo que pasa por ortodoxo. Leer cuanto Moisés Vincenzi dijo sobre cosas del lenguaje es disipar definitivamente las dudas que se tengan sobre los puntos por él tratados.

Es de menor calibre su obra puramente literaria. Su poesía

es un anhelo de revivir los temas clásicos dentro de formas clásicas. Amante, por sobre todas las artes, de la escultura, sus sonetos tienen la perfección de viejas estatuas, pero al mismo tiempo un poco de la frialdad de los mármoles. Sus ensayos de novela tienen —dentro de su copiosa obra— carácter de experimentos. Quizás la diferencia que establece Allardyce Nicol entre lo clásico y lo romántico las defina mejor: son clásicas, en cuanto están imbuidas de mayor preocupación por la obra misma que por su tema; por el equilibrio formal que por la vida; por los maestros del pasado que por el hombre. Y en realidad, se encuentra, al leerlas, más recreo en el brillo del lenguaje y la hermosura del estilo, que en la vida que intentan —o quizá no intentan— reflejar.

No hay costarricense de tan extensa bibliografía como Vincenzi, lo cual quiere decir que no ha existido costarricense que haya trabajado más con la herramienta del idioma.

Tal vez, puede pensarse, para trabajar tanto hay que hacerlo en soledad.

Sí. Ha de ser cierta en algún grado tal afirmación. Pero es que los costarricenses trabajamos todos en soledad, y ninguno lo hace como él, ni con tan admirable impudor. La mayoría de los autores costarricenses escriben para sí mismos, o para sus estrechos grupos de amigos. Y los amigos, ya se sabe, siempre emiten opinión de que la obra es magnífica, o bien detestable. Y casi todos nos quedamos con esos juicios.

Ha sido figura típica del escritor costarricense la del hombre que, con escasos medios económicos publica por su cuenta y riesgo (más bien por su riesgo, y cuenta de los impresores); para evitar que la cuenta y el riesgo suban mucho, ha hecho una edición de contados ejemplares; y los distribuye entre aquellos amigos que le hacen la merced de recibirlos, siempre que, como en el viejo chiste, les estampe una dedicatoria en la primera página, no vaya a creer alguien que los han comprado. Recuerdo que fue ocupación muy divertida de mi juventud el frecuentar una librería de viejo y construirme una biblioteca de autores costarricenses, sobre la base de ejemplares autografiados por el autor, en honor —ay— de otros autores.

Esta situación ha condicionado por años la soledad del escritor costarricense. Un hombre solo, dentro de una sociedad que le obligaba a moverse solo en todos los momentos y durante todo el proceso largo de la creación, que alcanza hasta el instante en que la obra ve la luz pública. A él tocaba escribir el libro; a él gestionar y pagar su publicación; a él, llevarlo en consignación muy optimista a las librerías; a él, en fin, obsequiar con

ejemplares a los periodistas amigos, en la búsqueda casi siempre estéril de una gacetilla o una referencia.

Dentro de esas limitaciones, produjo Moisés Vincenzi la mayor parte de su obra. Y falleció en el momento en que un esfuerzo colectivo de los escritores y los intelectuales comenzaba a dar frutos, a provocar un acercamiento entre ellos y, lo que es más atingente a esta exposición, a ofrecer a aquéllos que quisieran aprovecharla, la oportunidad, si no de salirse de la soledad que les es condición, sí de convivir de cuando en cuando en una asociación que a todos los comprende y a todos los invita, y de hacerles sentirse parte de un gran movimiento común que logró por fin el estímulo gubernamental a la actividad creadora, mediante la fundación de una editorial que los escritores dirigen, el establecimiento de premios y reconocimientos, y otras señales fecundas de preocupación pública por la vida de las letras y las artes.

El panorama de esa vida en Costa Rica difiere hoy del que hemos visto por espacio de muchos años. Periódicamente, en el pasado, se formaban tertulias o capillas, fecundas y amigables, pero pasaba el entusiasmo y se envejecían sus miembros, o bien adquirían compromisos familiares y solemnes, y la alegre barra del café se disgregaba. Nuevamente venía la incomunicación. Pero si observamos la historia de nuestras letras, veremos que la existencia de esos grupos ha coincidido siempre con certeros florecimientos de la actividad creadora. La gran actividad de los fundadores de la literatura costarricense, de Magón, Aquileo, Pío Víquez y otras figuras señeras de fines del siglo anterior e incisos de éste, va unido a una peña de periodistas y poetas de la que alguna vez formó parte el transeúnte Rubén Darío. Joaquín Vargas Coto ha sido el cronista impagable de otra generación reunida en el café La Floralia, entre 1915 y 1920, que coincide con la aparición en algunos casos, con el cenit en otros, de un grupo de poetas y escritores tales como el cronista de la tertulia, Rafael Cardona, Paco Soler, Julián Marchena aquí sentado. Y hay aún otro recrudecer de nuestra literatura alrededor de 1930 y más allá, en torno a un grupo que comenzó en los salones de redacción de Diario de Costa Rica y terminó en una ventana exterior del edificio que el periódico ocupaba. Aquí están entre nosotros Abelardo Bonilla, nuevamente Marchena, y José Marín Cañas, protagonistas y prozas de ese grupo, quizás el último, cronológicamente, en la historia anecdótica de los que rompían por las noches la soledad del escritor para hacer convivio.

La condición esencial del creador, dije, es la soledad. Soledad para crear. Soledad para rumiar fracasos y acongojarse por

los éxitos. Soledad en fin. Pero la identidad de ilusiones, de perspectivas o de intenciones, junta a los que son afines.

Moisés Vincenzi, águila aislada de nuestras letras, falleció en momentos en que parecía cuajar un movimiento en el que todos los escritores, voluntariamente o no, terminamos por vernos comprometidos. Y fue dentro de él como logré conocerle y trabar una amistad breve en el tiempo, pero resuelta en aprecio, respeto y cordialidad. Al través de ella, a causa de ella, me consumí dentro de sus obras, como en un afán tardíamente juvenil de descifrarlas, pues era dicho común que son oscuras. Y me llevé la sorpresa de encontrarlas diáfanas; pero más que esa sorpresa, la revelación, nunca más concreta y precisa, de que en las obras está el hombre. Al través de las suyas, lo que primero se descubre es al hombre ingenuo y bondadoso que fue Moisés Vincenzi.

De pronto, en los últimos años de su vida, descubrió que las generaciones posteriores se interesaban en él. Había llegado a convencerse de que sus relaciones con ella eran frías; y tal vez el más vivificante momento de sus últimos días fue aquél en que se convenció del respeto que se le tenía, del consejo que de él se esperaba y se buscaba, y del afecto que por él había en quienes, por una u otra razón, no se habían acercado antes a su alero de hombre bueno y de hombre de pensamiento.

Mientras ejerció su magisterio admirable de profesor, estuvo en contacto con todos; cuando se retiró de él, lo perdió. Pero logró re-establecerlo, en nuevas condiciones, en sus últimos días. Creo hablar por todos los hombres de mi generación, cuando digo que el nuevo contacto, fugaz y final si se quiere, fue útil y fecundo para nosotros.

Esto habla nuevamente de la necesidad del contacto, del sentido gremial a la manera del medioevo, que debe existir entre nosotros. Y cuando veo que este sentido gremial se comienza a producir, y en forma tal —me parece— que ya no podrá ser destruido, se reafirma mi optimismo en el porvenir de las letras y en el del hombre que las cultiva, como miembro respetado y representativo de la sociedad.

La literatura —producto de la soledad y de los hombres en soledad— tiene algo de creación colectiva, sin embargo; de producto de las generaciones. Así como se habla en España de la generación del 27, y —en términos más amplios y que van más allá de la mera ocupación de las letras de la generación del 98—, en Costa Rica podemos hablar, por ejemplo, de la generación del 28. Algún día habrá de analizarse lo que en ese año de 1928 ocurrió en la Costa Rica de la cultura, cuando de un memorable concurso salieron premiados tres nombres nuevos: José Marín

Cañas, Isacc Felipe Azofeifa y Fernando Centeno, cuya labor individual habría de significar, en el decurso de poco o mucho tiempo, una revolución verdadera en las letras costarricenses. A extremo tal, que, después de ese certamen, no se pudo volver a escribir válidamente como se escribía antes; comenzó la desaparición paulatina y lenta de la poesía parnasiana o simplemente modernista a la manera de Lugones (a pesar de que los poetas premiados lo habían sido por poemas de ese corte); el costumbrismo humorístico comenzó a recular con paso firme —dejando una estela gloriosa si ustedes quieren, pero a paso firme—, y a ceder su lugar a otras formas narrativas que en aquel momento se marcaban. Y allí, en ese año, empezó también una revolución en las artes plásticas, que fue más radical y más rápida que la producida en el ámbito de las letras. Haciendo primeras o segundas armas, de allí arrancaron Quico Quirós, Paco Amighetti, Manuel de la Cruz González, Max Jiménez, Luisa González de Sáenz y muchos otros. Escritores y artistas plásticos de distintas edades configuraron en aquel momento preciso de nuestra cultura una generación cuyo significado debemos comenzar a estudiar ya, cuando todavía el estudio pueden hacerlo en parte los protagonistas. Algo hay de colectivo en ese momento crucial del año 28. Aquel certamen memorable produjo una revolución trascendente.

Más tarde, la efímera iniciativa de una casa editorial norteamericana produjo un renacer de nuestra novelística en 1940, que se prolongó pocos años y dejó obra y novelistas perdurables, pero que se agotó pronto porque el sentido de generación o de grupo no llegó a darse.

Hay que creer en esos estímulos: en el certamen del 28, en el concurso americano del 40. Por eso, creo en los que hoy está dando el Estado costarricense, y lamento solamente que no se hubiera decidido a darlos muchos años o décadas atrás. Alegrémonos no sólo de que en Costa Rica se estén publicando más libros que nunca, sino también, con alborozo especial, de que tengamos hoy más muchachos entusiasmados por el cultivo de las letras que jamás hayamos tenido. Todo parece indicar que las letras y las artes de Costa Rica van a dar en los próximos días un gran paso, si no es que lo están dando ya, y veamos el resultado de muchos concursos internacionales recientes. No nos es dable saber si vamos a tener de repente un gran poeta, o un gran novelista o un gran filósofo. Pero hay movimientos; y también dolores, cómo no, de parto.

Moisés Vincenzi contempló los primeros síntomas, y comprendió lo que estaba sucediendo. Fueron de optimismo los últimos meses de su vida. Una semilla, algunas semillas, estaban fruc-

tificando. Y cabe que nos preguntemos: ¿Por qué entre esas semillas no iba a estar la suya? ¿Es que una prédica tan infatigable, tan constante como la de Moisés Vincenzi, no iba a dar frutos algún día? ¿Es que la vida de un hombre no es suficiente a producir vidas similares? Es un miserio; pero cuando una figura singular discurre por una sociedad, a poco que corra el tiempo comienzan a verse las que la imitan.

Una vida como la de Vincenzi, entregada totalmente a la cultura, dedicada sin desmayos sólo a enseñar, sólo a escribir, sólo a dar ejemplo, ¿puede acaso ser una vida estéril y sin posteridad? Sus consecuencias no las vemos inmediatamente, pero el ejemplo termina por dar vida. Y eso, sin hablar de su obra.

Este florecer que ahora vislumbramos desde aquí algo ha de tener de fruto de su obra y su vida; de producto de su generosidad y su constante dación. Hombres como él, pensadores como él, maestros como él, siempre tendrán seguidores. Tal vez seguidores silenciosos, que los demás no conocemos, pero que ahí están.

El ejemplo suyo, el que está teniendo seguidores visibles entre las nuevas generaciones, es aquél, limpio y alto, de la entrega total. Los nuevos estímulos, las nuevas oportunidades, un contacto más directo e inmediato con el resto del mundo, son acicates para esa entrega, es cierto; pero también el ejemplo.

Pienso en ese ejemplo, humildemente, al disponerme a ocupar el asiento que él honró en esta Academia.

Pienso en ese ejemplo, humildemente. Mi padre, donde está; mi madre y mi esposa que aquí están; mis amigos, que los tengo, saben que esta humildad es sincera; que no sé por qué estoy aquí, pero aquí estoy. Generosidades que tiene con uno la vida. Esta, me propongo pagarla tomando a Moisés Vincenzi como ejemplo.

La Silla que dejó vacía aquel Maestro

JOSE MARIN CAÑAS

Discurso pronunciado por el señor
Marín Cañas para contestar el anterior.

En esta noche de diciembre que estamos estrenando, la Academia Costarricense de la Lengua recibe en su seno a un nuevo miembro, don Alberto F. Cañas, a quien hemos oído, con motivo de su ingreso, leer un discurso que modela en varias formas plásticas, críticas y viviseccionadoras, la figura, ya silenciada para siempre, de Moisés Vincenzi.

Recoge la brida y amansa el paso la pluma de Cañas para hablar, con una recoleta emoción, de aquel a quien viene a sustituir, y ello, por lo que voy a explicar en lo que a continuación algo me llena de gozo, pues al pasar del galope al trote corto, más luce la expresión y más ajustada y gallarda se ve y oye la lengua del nuevo académico, pudiéndose así recoger con mayor profundidad la emoción que impregna la pieza del novel miembro de este cuerpo.

Lo he oído con una sutil melancolía. Estas leves borracheras de nostalgia; estos amargos y lejanos tragos viejos; esta resbaladiza fuga del tiempo, cuando en las palabras de alguien vuelven a tomar vida, cobran color y alientan en suma como cosa viva, producen siempre, en aquellos que ya hemos tramontado mucho de la larga caminata, un repuntar de recuerdos que es una especie de alegría de la tristeza.

Yo soy, en el caso de Moisés Vincenzi, un testigo de excepción. Fui su alumno, cronológicamente de los primeros, cuando andaba en los 13 años y él apenas estaba arribando si acaso a los treinta. Asistí allá por el año 18 al nacimiento de dos hombres dentro del campo pedagógico, cuya estela ha quedado hondamente marcada en la juventud; nombres que no pueden pronunciarse si no es con una honda emoción de gratitud. Moisés Vincenzi y Mario Fernández Alfaro se iniciaban en el quehacer didáctico, cuando los hombres de mi generación estábamos llegando a la Segunda Enseñanza. Queda dicho aquí, entre líneas, con qué recogido placer y con qué consternada curiosidad, los chiquilicuatros de entonces, hoy, —menos el que habla— toda gente de pro, médicos eminentes, jurisconsultos, ingenieros, catedráticos, indus-

triales, comerciantes, periodistas y maestros, asistíamos al arranque de nuestros dos profesores jóvenes que estaban velando sus armas para entrar de lleno en la honda resonancia de la patria.

Es preciso que confiese ahora, que todos aquellos y muchos más, y entre ellos yo, nos enfrascábamos en la lectura de folletines que la Librería Montero, situada donde está hoy el Almacén Palacios, nos embebía con las aventuras de Nick Carter, Nick Winter, Raffles, Sherlock Holmes y demás agentes más o menos secretos de la época. Moisés Vincenzi impuso como lectura, en la clase de gramática que nos dictaba, el "Platero y Yo" y el "Ariel" de Rodó.

Creo que lo llegamos a odiar. Nos parecía aquello una imposición intolerable, y jurábamos y rejurábamos que las aventuras de Platero —tan burro como lo éramos nosotros— no tenían ni el misterio, ni la intriga, ni la apasionante fuerza misteriosa de nuestros personajes legendarios que comprábamos en la Librería del Sr. Montero, que estaba —¡ay, qué daño el de los años!— donde hoy está el Almacén Panatra.

Nos tragamos a la fuerza lo de Ariel y Calibán. Nos tragamos a la fuerza las azucenas de Platero. Creo que no lloramos cuando el burro se murió. Pero después de aquel paso de las Termópilas, vinimosnos a dar cuenta de que ya para siempre se murieron también los folletines, los Salgari, los Verne. Moisés Vincenzi fue el iniciador de nuestra incipiente microscópica cultura, y a él se le debe el que nos arrancara de cuajo el gusto municipal y espeso en que estábamos enfrascados.

En el transcurrir del tiempo, recurrí en muchas ocasiones al sabio consejo del antiguo maestro, y a su conocimiento llevé muchas de las cosas que en mis torpes balbuceos literarios me parecían dignas del mármol. No he de negar que en muchas ocasiones reñimos —Vincenzi tenía un sutil y agudo espíritu florentino—, pero las riñas no duraron más allá de una vuelta de la tierra al sol.

La silla que dejó vacía aquel maestro viene a ocuparla ahora Alberto F. Cañas. Y antes de tomar posesión de ella, enuncia en sus palabras este tridemio: Fecundo, silencioso y solitario. Así considera a su antecesor. Y digo yo: nada más exacto. Y agregó yo: Y nada mejor.

Cuando se habla de la Creación, se enumeran las cosas creadas por el Creador. Las aguas, las tierras, los peces, las estrellas, etc., hasta el hombre. Eso fue en los 7 primeros días. Pero hubo un octavo, el último de la jornada, el más grande de todos, y para cuya labor, Dios mismo se tomó un descanso. El sabía que su obra no quedaba en redondo terminada sino después del Día Octavo en que le daría al hombre los más altos frutos de su

poder Divino. Así fue como creó la Soledad, el Silencio, la Palabra y el Gemido. El hombre, intuyó que ni las aguas, ni los peces, ni las tierras, ni las estrellas, valían en sí lo que de divino tenían los cuatro grandes frutos: La soledad, el silencio, la palabra y el gemido. Y comprendiéndolo así, hizo con la materia de estas cuatro donaciones, su más alto menester, su labor más conspicua, su quehacer más cercano al Altísimo: El Arte.

El artista, pues, necesita como razón fundamental de su obra una razonable ración de los 4 frutos.

El Poeta y el Filósofo, el Pintor y el Músico, el Escultor y el Literato requieren como unidad imprescindible de su tarea, la vasta soledad que lo salve del mundo atarantado y bullicioso. Necesitan el cóncavo silencio que sólo lo posee la noche, para poder estirar sus nervios y soportar el parto de la obra que se crea. Necesitan la palabra para dialogar consigo mismos frente a su propia conciencia. Necesitan del gemido que es la fuente de la que partirán las ideas y dará dinámica a las palabras.

Vincenzi, fue pues, un solitario, un silencioso, un fecundo escritor, con el mayor número de volúmenes escrito en el país. Trabajó en la soledad y el silencio sobre la palabra. Usó de los 3 frutos pero no el cuarto. La belleza de su prosa le heló, a la manera clásica, el texto que se hizo de mármol y no de sangre. Alberto F. Cañas, cuya labor ha quedado, en una gran porción, regada en la hoja diaria de su labor periodística, produce dentro del barullo del mundo moderno, y usa para tal quehacer un estilo propio, rápido como una ametralladora, directo y eficaz. Eso es lo que se llama un estilo periodístico.

Así sus más altos aciertos. “Los 8 Años” y “El Gallo Pelón”, son muestras de ese estilo llevado a la amplia envergadura de un libro y de un cuento.

Pero el mismo Cañas, cuando el gemido lo detiene, recoge la brida y pasa del galope al trote reposado, y entonces su prosa es acicalada y justa.

Viene este Académico a ocupar un puesto entre los 18 costarricenses, cuya misión es cuidar de la palabra, de nuestra palabra dación de Dios, comunidad humana, vínculo y vehículo de toda impresión y expresión del hombre, que en los tiempos que corremos, vive en peligro por amor del progreso y de la electrónica y del pensamiento de aquel don Porfirio Díaz, presidente interminable de México que decía una frase sobre su país, valedera para toda la América Hispana: “Pobre país, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”. Este pensamiento constituye uno de los más graves peligros que amenazan el tesoro de lo que Dios nos concedió y la Madre Patria nos transfundió, como

dicen los hematólogos. La palabra nuestra, hoy amenazada de peligros sin cuenta cayó de los labios del Altísimo como uno de sus mejores frutos. La nuestra rebotó en el austero paisaje de Castilla y allá sufrió con el correr de los años, las transformaciones, los dolores y distorsiones a que sucesivas oleadas de pueblos la sometieron. Romanos y cartagineses, visigodos y árabes, la mascullaban transformándola unos, llenándolas de vocales otros, estirando y encogiendo los más, enfatizando los términos del hogar o sensualizando la música de las sílabas para dárnosla, como carga preciosa, en la quilla marinera de las tres carabelas. La recibimos como herencia de todo un pasado de gloria que comenzó en el Romancero, donde ya desde muy antiguo se hablaba de esta manera carolingia:

Muchas veces oí decir
y a los antiguos contar
que ninguno por riqueza
no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga
no debe menospreciar.

Y también, a la manera morisca, se oyó por los caminos la palabra del Romancero que así decía:

Ponte a las rejas azules,
deja la manga que labras,
melancólica Jarifa,
verás al galán Audalla,

con un inoz verde oscuro
color de nuestra esperanza
que nuestra calle pasea,
en una yegua alazana.

Fue palabra, pues, que se trabajó en la Edad Media, y que se sigue trabajando con igual ahínco y no poco batallar en ella, ya que en el transcurso del tiempo la manosearon y engalanaron, dándole cada día más esplendor, Lope y el Manco, San Juan de la Cruz, el que voló tan alto, tan alto, Teresa, la que muriera porque no moría, Quevedo y Góngora, artífice de la poesía moderna de ahora, Calderón y Tirso, Bécquer, Hernández y Lorca y sería lo de nunca acabar.

También del misterioso continente ignoto que había emergido de la mar Océano salieron artífices del oficio, comenzando con el cantar gaucho de la pampa, que vino a consolidarse en el

Martín del romance perdurable, y las estrofas de Ercilla, y el inca Garcilaso, y Juana de Asbaje, tan aterida de místico fervor como la Teresa española y avilesa, y si unos le agregaron a la palabra dulzor de miel de caña otros la untaron de alcohol de maíz de lamentoso gemido romántico, como Mármol de Isaacs, y los últimos de dureza y crueldad como los novelistas del Siglo, con acento criollo, Alegría, Guzmán, Rivera, Guiraldes, para citar las cumbres del continente.

Pero un día fue el hecho fausto de que naciera, con alma grecolatina y con cuerpo cobrizo de chorotega, un poeta de origen divino, que aportó a la lengua no sólo el encanto de una música fascinante, sino la poderosa creación de una fantasmagoría de conceptos, métricas clásicas remodeladas, nuevos ritmos, para hacer de la lengua y de la palabra nuestra, una orquestación máxima de sentido universalmente bello.

Se le había transfundido la palabra española en la vena americana, y el milagro se produjo. Un milagro solitario, silencioso.

Esa palabra, herencia recibida y acervo nuestro, es lo que cuida esta casa: Academia Costarricense de La Lengua, como lo hacen al par otras tantas en otros tantos reinos de la cultura que heredamos.

Sea bienvenido a esta casa el nuevo escritor cuyas obras, desperdigadas unas y las otras recogidas en libros dentro de los campos del cuento, la poesía y la crónica, le dan el derecho de un honor que hoy se le confirma.

Sea bienvenido y que entre bajo la sombra augusta y oscura del Maestro que lo precedió, hoy perdido para siempre.

Hoy perdido, pero renovado, tal como hijea por razón ineludible de la Naturaleza, la rama cortada del árbol en la socola, como retoña la hierba, como se reproducen en los troncos que abatió el hacha los pequeños hijos, renovado en la humildad y el talento de Alberto Cañas.

Que sea bienvenido, y que Dios lo ayude.

Federico de Onís: un homenaje a su memoria

JOSE MARIA ARCE

Discurso de incorporación pronunciado en la junta pública celebrada por la Academia Costarricense de la Lengua el 26 de junio de 1968.

Señores Académicos
Señoras - Señores

Han pasado varios años desde que tuve el honor de ser elegido para compartir con vosotros las fecundas tareas de esta Corporación. Estaba entonces en tierra lejana, como lo he estado la mayor parte de mi vida, y siento en este instante, al igual que en aquel caso, la misma viva emoción que me produjo la grata noticia de mi nombramiento. Me encuentro ahora tan perplejo como en aquella ocasión: me sobrecoge la sorpresa al percatarme de que el consenso de vosotros dio por buenos mis cortos merecimientos. Me embarga asimismo un profundo agradecimiento por esa benevolencia que había fijado la atención en mi nombre, no siendo residente del país, y que me había dado sus favorables sufragios. Con todo, mi confuso estado de ánimo no me impide reconocer hoy día que las circunstancias me han hecho pecar de poco puntual en presentarme ante vosotros. Muy patente es mi culpa, y yo la confieso y os ruego que disimuléis mi larga tardanza, no por la falta que mi presencia pudiera hacer entre vosotros, sino por la gratitud y fina consideración a que os soy deudor.

Alcanza también este sentimiento de gratitud al Instituto Costarricense de Cultura Hispánica. La largueza de criterio que siempre han manifestado sus directores da hoy espontánea acogida a este acto del ritual académico. Es uno de los tantos mesteres que le señalan sus estatutos y que día tras día viene patrocinando esta Casa hospitalaria. De tal suerte constituída, ha creado en nuestro medio un ambiente propicio para cultivar y fomentar nuestras mejores tradiciones de sociabilidad imaginativa. Quienes pertenecen a ella, sienten una comunidad de fervores por las letras hispanas y, al realizar una obra de ilustrado civismo, ya

con la palabra persuasiva y la doctrina autorizada, o simplemente, como penetrantes observadores de nuestra historia y de nuestro patrimonio literario, todos de consuno se encaminan a lo esencial, que es realizarla con cariño. Estamos, pues, en un tranquilo refugio, lejos de las preocupaciones que a menudo nos obcecán en la vida atribulada de nuestro tiempo, refugio en que tantas incitaciones tienden a acercarnos a lo que ha tenido y tiene en el mundo hispánico un sentido más humano y significativo.

Creo contar con vuestro asentimiento porque cumplo ante vosotros una obligación que yo me he impuesto y que está muy de acuerdo con vuestro concepto de un generoso y más amplio hispanismo, más consciente de este orden enaltecido de relaciones entre España y nuestra América. Me refiero a este recuerdo que quiero hacer a la memoria de un preclaro español, de un hispanista eminente, a quien algunos de vosotros tuvisteis el privilegio de conocer en persona: a Federico de Onís. Las observaciones que aquí van reunidas, con ánimo de homenaje, están sacadas de mi experiencia de estudiante en los Estados Unidos y Europa, sobre todo España. Están penetradas estas reminiscencias de irreprimible emoción reverencial ante el Maestro que me inició en el amor por las cosas de España y que me orientó luego en las tareas de asiduo aprendizaje y autocrítica que son la carrera del enseñante.

Aun me atrevo a creer que mi evocación no dejaría de granjearse la buena voluntad de Joaquín García Monge, a quien sigo en el honroso sillón de esta Academia Costarricense de la Lengua, si el ilustre mentor de casi todos nosotros y de su generación nos contemplara hoy desde ultratumba. Entre Onís y García Monge medió una larga amistad que lucía de vez en cuando sus rasgos de evidente estima y afecto en el *Repertorio Americano*, plantel de granado hispanismo para los escritores en lengua española que vivieron en aquella época. He de relegar a las notas anejas a este homenaje un ramillete recordatorio de esta mutua estimación.

Federico de Onís murió octogenario en San Juan de Puerto Rico hace más de un año. Su larga peregrinación de infatigable inspirador de un ideario de verdadero apostolado paulino, movido de una potente voluntad, llegó al término de su vida, estoica por naturaleza. Para sus incontables discípulos en Norte América y para sus numerosos amigos entre el profesorado, el fallecimiento de Onís ha sido una pérdida dolorosa que hace resurgir en nosotros la realidad de lo que fue su figura de catedrático, de publicista, de animador y propulsor de un fecundo temario en las letras y en

las artes, razón y motivo de tantas iniciativas que él supo guiar y regir con mano certera.

Federico de Onís nació en Salamanca y se educó en su propia ciudad natal y en Madrid. Fue uno de los jóvenes de su tiempo que atrajo la atención por su airoso talento, por el rápido transcurso de sus estudios para la docencia universitaria y la distinción honorífica con que se acogieron sus primeras investigaciones de estudioso. Lo vemos acreditarse desde muy temprano por oposición como catedrático de Lengua y Literatura Españolas e iniciar su profesorado en la Universidad de Oviedo, para luego ser trasladado como catedrático a la Universidad de Salamanca en 1915.

Al año siguiente, a invitación de Columbia University, va a Nueva York, en donde organiza los estudios españoles, cuando el alumnado del departamento que más tarde iba a encabezar, había crecido desmedidamente con motivo de la primera guerra mundial. Los cursos y seminarios que inauguró ensancharon el camino a la especialización en la materia. Años después, cuando tuve la oportunidad de estudiar con Onís, como tantos otros postgraduados norte y sudamericanos, a quienes nos era común el habla española, pude corroborar con mi admiración el renombre que el nuevo catedrático había alcanzado en la Universidad. A decir verdad, a nuestro grupo compacto de apasionados se le presentaba la afortunada ocasión de sentir el espíritu vivo de la tierra española y de oírlo expresar con la palabra.

No sólo con la palabra, desde luego. Onís parecía enseñar su materia desde el estrado espiritual, que le daba su temple de español. Había en él, sin alardes, la personalidad del virtuoso. Cuando explicaba el *Quijote* o las escenas del Poema del Cid, o los vaivenes amorosos en las cartas de Lope de Vega, lo que hay de prodigio en el momento literario o en los arranques de la propia persona del escritor, surgía con espontánea claridad y soltura en sus comentarios. Dominaba la difícil naturalidad de la sencillez, lo castizo sin rebuscamiento ni artificios que era parte de su indefectible discernimiento. No daba nunca la impresión de erudito, sino más bien de la riqueza de saber, de ese fondo de ilustración atesorada que realzaba su perspectiva. Sus seminarios, más abiertos a la intimidad alrededor de la mesa redonda, estimulaban el razonamiento de los problemas del investigador: la historia y sus métodos y la actitud histórica del estudioso, las ideas y doctrinas literarias en los grandes movimientos del pensamiento y de la expresión, la crítica y sus disciplinas afines en la crítica moderna. De la experiencia adquirida, particularmente en los seminarios, provinieron las aspiraciones a un contacto más inmediato con España

y los pueblos hermanos del Mediterráneo. El plan de completar nuestros estudios superiores con jiras a Italia y Francia, partiendo de excursiones preliminares por España, y de cursos de lengua, literatura y arte en la Universidad Central de Madrid y en el Centro de Estudios Históricos, fue preparado con solícita previsión por el mismo Onís y sancionado por la Universidad. Este programa de perfeccionamiento se convirtió para nosotros en un complemento esencial de nuestra labor académica: nos familiarizó con las lenguas románicas, implantó en nosotros una sincera admiración por la maestría europea en el arte de exponer y por el compañerismo y lucidez del estudiante, y resultó una introducción básica a las tierras mediterráneas. En suma, fue manantial de perenne y provechosa recordación.

En la reforma de la Universidad de Columbia, en Nueva York, como centro de primera fila del saber hispánico y de la enseñanza de las lenguas ibéricas, contribuyó poderosamente una de las figuras españolas más conocidas y de más destacada individualidad, gracias al admirable acierto de la iniciativa organizadora del Profesor Onís. Fue Tomás Navarro Tomás, el sabio y riguroso expositor de la expresión oral de España y de América. El campo de la lingüística recorrido por él con metódica perspicacia y sensibilidad, iba a atraer a sus clases a los más facultados para la enseñanza de la lengua y los estudios lingüísticos. Iniciador e incansable propulsor en la investigación de la materia, sus tratados de pronunciación, de entonación, de métrica, abarcan toda la gama del estudio de la palabra, desde la articulación de los sonidos hasta el ritmo y realce musical en el verso. En realidad, desde su cátedra de filología en Columbia, como lo había sido por largos años en Madrid, en el Centro de Estudios Históricos, Navarro Tomás continuó siendo hasta su retiro el guía indispensable y generoso consejero de varias generaciones de universitarios y especialistas.

Asimismo Angel del Río, ya desaparecido, todavía en edad fecunda por la significación ejemplar de su obra y de su vida, fue colaborador insustituible en los múltiples empeños de aquella época memorable. Del Río se señaló como sereno historiador de la literatura y observador vigilante de la España que él vivió. Su crítica erudita, versada en las corrientes, teorías, fórmulas y tendencias de la poesía actual, acertó a hacer comprender la individualidad de aquellos poetas que había conocido más de cerca: García Lorca, Pedro Salinas, Eugenio Florit. Estudió las formas universales del pensamiento español: Ortega y Gasset, Unamuno. Estando tan embebido en lo clásico y buen conocedor de los móviles de la filología, logró esclarecer el significado de la obra dilatada de Ramón Menéndez Pidal. En Columbia y en la Escuela

de Middlebury, que ha sido por muchos años el centro norteamericano para el estudio de las lenguas y literaturas que considera obligatorias el mundo moderno, se le sigue echando de menos y se recuerda con nostalgia el calor imaginativo de su palabra. Justo es que recordemos a del Río en este momento para unirlo a la memoria de Onís, con quien idealmente lo identificamos.

También el personal de la sección hispanoamericana constituyó un elemento esencial de aquella empresa educativa. Todos son nombres conocidos, o que debieran serlo para nosotros. Su carrera se distinguió precisamente porque por su preparación y sus ideales fueron embajadores viajeros de Hispanoamérica, de esa patria magna que llevaban siempre consigo. En Columbia, llamados por Onís, fueron profesores visitantes en distintas ocasiones y por períodos que a veces hacían conjeturar una definitiva permanencia: Jorge Mañach, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas y otros. Mañach también ha muerto, y rindo ahora a la memoria del gran ensayista cubano, definidor y eternizador con su gallardía y entereza de tantas cosas de la Cuba de ayer, un efusivo saludo de admirador, colega y amigo. Quedan en Columbia de aquella época de tantas realizaciones el poeta Eugenio Florit y el ensayista y notable profesor Andrés Iduarte. Harriet de Onís, compañera e infatigable colaboradora de su esposo, prosigue en su distinguida labor de interpretar para la América de habla inglesa la literatura y el folklore de la América de habla española.

La obra espiritual de Onís en esencia va implicada cada vez más con el correr de los años en esa posición triangular en que lo había colocado su puesto en Nueva York: España, Estados Unidos, Hispanoamérica. Y de ello nace su paulatina inclinación hacia ese vértice que ocupamos nosotros. Así nos lo dice el propio Onís en sus apuntes autobiográficos: "Yo antes de salir de España sentía la atracción de la América española como razón última del ser histórico de España. Mi trato con Unamuno me había preparado para conocerla, y ésta quizá sea mi mayor deuda con él". En realidad, esta preparación promovida por su gran maestro hace sentir sus efectos de este lado del Atlántico. Nueva York es el punto obligado de comunicación entre las dos Américas. La lección especulativa de Unamuno al joven salmantino se torna en lección aplicada y práctica para el profesor universitario que en su madurez no cesa de aprender también en América. Onís vive y enseña en Nueva York y conoce a los hispanoamericanos que viven en la metrópoli o que por allí pasan. Se cree obligado a una labor misionera semejante a la del religioso español en los tiempos de la conquista. Pero esta vez no es el doctrinero que predica, sino el español que observa y entabla el diálogo de mutua

comprensión. Se prodiga en el deber que se impone de ser tribuno sin ser político: fue profesor visitante en los estados del sudoeste español de los Estados Unidos y en casi todos los países de Hispanoamérica. Era tarea personal, articulada con el vigor de su palabra. “Soy de esos” —confiesa Onís— “a quienes es más connatural el hablar que el escribir y creo, sin modestia, que hablando en mis clases, conferencias y discursos he hecho la mayor parte de mi labor y he dado lo mejor que puede haber en mí.”

Hubo en Onís una concepción coherente y unitaria de lo hispánico que se deja adivinar en esta intervención inmediata y viva de su presencia y de su razonamiento. Su actitud y posición se hicieron más claras y palpables en el rumbo que toma su personalidad de crítico y en el cauce literario que escoge para su obra de mayor alcance. Su clásica antología del modernismo, en términos precisos, la *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882 - 1932)*, es todo el corpus de la poesía de ese medio siglo creador vista a la luz de una clarividente sensibilidad. Ya el título mismo del libro prefija una unidad de cultura que reclama una desusada unidad, *inter pares*, en que la región o la raza son mera circunstancia. “Una unidad viva” —dice Mañach al reseñar la *Antología*— “en que la fisonomía y elementos particulares no se borran ni se funden, sino que se enriquecen mutuamente.”

Onís emprende la tarea de penetrar en lo hispanoamericano colocándolo a la par de lo español y dedicándoles conjuntamente una atención puntual e integradora. Su obra es modelo de equilibrado discernimiento y ordenación. En verdad, Onís va más allá de la pesquisa documental del recopilador común: hace de la antología una forma expositiva de extraordinaria eficacia, en la cual él logra aunar al poeta, la selección de su obra y su valoración individual, con los rasgos comunes y las diferencias identificadoras dentro de los diversos momentos que Onís le marca a la lírica modernista. Señala además, la fuerza y variedad de las mutuas influencias renovadoras que se establecen entre América y España, hecho insólito en la historia de las letras de la gran comunidad idiomática hispana. Por otra parte, Onís reconoce la trascendencia del movimiento y, en rigor, lo sitúa en el mundo de occidente como “la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX,” dándole así al modernismo una nueva dimensión histórica.

Ya en el último decenio del siglo pasado, en su precursora *Antología de los poetas hispanoamericanos*, Menéndez y Pelayo había escudriñado el fondo americano de cuatro siglos de nuestra producción poética, nuevo para él y de una peculiaridad descon-

certante. La sagacidad incontrastable de sus juicios sobre los valores auténticamente americanos dejaron veredictos imperecederos. Onís, en un campo relativamente restringido y más próximo a nosotros, comprende en una sola perspectiva todo el panorama de poesía hispana. Hasta entonces ningún crítico americano o europeo con las dotes del gran historiador de la cultura española, había dirigido la atención a la pujante literatura moderna de estos continentes y es el ilustre salmantino de Columbia quien acomete la formidable tarea.

Pertenece, pues, Onís a la tradición de Menéndez y Pelayo y a la del Valera de las *Cartas Americanas*, quienes procrearon este interés por las letras de ultramar. Unamuno recibe la herencia tradicional de sus antecesores y la ensancha, ya fuera del ámbito literario, con sus propios juicios, sus posiciones políticas y las ideas que infunde a sus discípulos. Valera lo mismo que Unamuno, carecieron, como tantos españoles, de un conocimiento personal e inmediato de América. Les vino su experiencia a través de los libros, y no los libros buscados por ellos, sino los que se les enviaba de este lado del mar. Se diría que casi siempre ellos no se encaminaban a sus temas, sino que los temas les salían al encuentro. Razón de más para admirar el tino con que estos grandes españoles, excepcionales catadores de lo hispanoamericano, acertaron tantas veces a descubrir y dar a conocer figuras y actividades literarias que resultaron verdaderas revelaciones.

Federico de Onís entra en esta esclarecida tradición. España constituyó la finalidad primordial de sus empeños y preocupaciones. Al dilatado programa que se impuso, a sus múltiples ramificaciones, dedicó la orientación de su palabra y el alcance de su perspectiva crítica. En ello fue de una probada perseverancia y lealtad; pero para fortuna nuestra, no formó un mundo cultural cerrado y completo: se sintió, en realidad, “un poco entre dos mundos”, y llegó a intuir en lo nuestro una personalidad bien caracterizada y digna también de estudio y preocupación.

La labor de Onís explora paulatinamente el sentido que América tiene para un español de su temperamento. La ve con ojos de quien siente en ella lo propio, no como entidad subordinada, antes bien como nueva y creadora, en lo que no es simplemente reflejo o derivativo. No se contenta Onís con su visión unitaria de la moderna poesía hispánica: observa y reconoce las dimensiones americanas de los escritores que a través de la historia literaria fueron valores vivos de su época y trascendieron a nuestros días como figuras representativas de una marcada fisonomía.

Las iniciativas de publicista y editor que desde su Instituto Hispánico acomete Onís llevan implícito el acogimiento es-

pontáneo para lo hispanoamericano, tanto en la colaboración de la *Revista Hispánica Moderna*, portavoz del Instituto, como a las monografías críticas y antológicas de autores modernos del mundo hispánico. Como parte de su constante celo informativo, la *Revista* emprendió con regularidad el análisis y clasificación de todo el material bibliográfico referente a Hispanoamérica, en sistemática relación con la "Bibliografía" española que trae cada entrega de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, de El Colegio de México. A su función principal de punto de convergencia en Nueva York de todas las formas de relación en el ambiente hispánico, el Instituto ha añadido un caudaloso repertorio de referencias indispensables para la labor de investigación, que abunda no sólo en valoraciones sino en el dato biográfico a veces tan raro y difícil de escudriñar.

Producto de esta obra organizadora de Onís fue su reiterada atención a fenómenos literarios en nuestra América que nos han sido privativos. Observó particularmente cómo el espíritu de lo popular determinó con mayor arranque y hondura la originalidad de la cultura nacional en varios de nuestros países. Se nota este punto de vista en su prólogo magistral a las obras de Tomás Carrasquilla y en la introducción a la antología de *El cuento en América*. Habla en ella de la importancia que ha llegado a tener el cuento y otras formas novelescas en la estructura nueva y peculiar de nuestra producción literaria, tan inspirada en lo popular. Nos interesa a nosotros esta faceta de la opinión crítica de Onís porque la *Revista Hispánica Moderna* publicó un extenso estudio de uno de sus redactores sobre un autor de nuestra literatura primigenia en quien se da muy clara la vena popular.

Poseedor de una enorme energía, Federico de Onís habrá de sernos primordialmente conocido como el hispanista que quiso encauzar las energías de una generación hacia una perspectiva más amplia y comprensiva de nuestra escena literaria. Intenta llevar la misión que venía realizando a un nuevo sentido igualitario de la mutua estimación, a la necesidad inter-hispánica de comprenderse y de identificarse íntegramente. El definitivo reconocimiento de América como parte esencial toca a lo más hondo y característico de nuestra representación en la historia del mundo, es cuestión ineludible que Onís nos incita a repensar.

En mayo de 1949, cabalmente pocos meses después de que Onís pasaba por Costa Rica en su recorrido de algunas de las repúblicas de Hispanoamérica, pronuncia en Buenos Aires una de sus conferencias más francas y significativas. Su tema: "La originalidad de la literatura hispanoamericana" ponía de manifiesto una convicción a que lo había impulsado su experiencia de varios

decenios de profesorado. “América” —dice— “no es Europa, aunque se sienta heredera y continuadora de ella.” Y concluye: “Yo creo que América en sí tiene una originalidad y que hay que juzgar y ver lo americano desde nuevos puntos de vista que no tienen que venir de algo extraño, sino que deben nacer del fondo mismo de lo americano.” Onís proyecta el tema sobre el porvenir y aboga por una América que supere la América de hoy, y que la futura sea una y bastante en la definición de sí misma, lógica y hondamente segura de su identidad.

Hay que tener en cuenta que Onís presenta su razonamiento ante un público de la capital de América que sin disputa se siente más europea y que al mismo tiempo ha sido el núcleo de una literatura propia de la más inconfundible originalidad. En la Argentina como en el resto de Hispanoamérica existe una pujante conciencia de su puesto en la empresa de la cultura; quiere, por otra parte, vivir también el prestigio de las grandes naciones de Occidente. La admiración tan natural e indeclinable por lo europeo de ayer y de hoy, por la hegemonía europea de la cultura de Occidente, es insondable. No es aventurado suponer que Onís esperaba desde luego que sus afirmaciones fueran a ser contrastadas con vehemencia. Es muy claro y aun contundente al enunciar su parecer: “Siguen creyendo [los americanos de todo el hemisferio] que las literaturas en inglés, en español y en portugués son literaturas secundarias, inferiores, que no pueden sufrir una comparación con las europeas. Y con esto que piensan los americanos están absolutamente de acuerdo los europeos. Ellos, por regla general, piensan lo mismo. Yo estoy en desacuerdo con esta opinión, venga de los americanos o de los europeos.”

Al hablar así Onís, habla su humanidad de fondo unamunisco, recia e inexorable, capaz de un rigor de sugerimiento que parece ir en contradicción con las esencias de sí mismo: español y europeo. Abiertamente él prevé para nuestra América análoga preocupación a la que desde muy atrás conmueve a España. ¿Qué es España? Dijérase que a América le espera el raro privilegio de considerarse también un perenne problema. Y éste será efectivamente el modo de escucharse a sí misma y de afirmarse. ¿Qué es América? La voz del profeta que Onís fue en vida, nos lo propone sin resolver, que es la máxima incitación de su pensamiento. El eco de esta incitación definidora resuena en nosotros aquí congregados en este momento como devoto homenaje de gratitud y cariño a su memoria.

APENDICE I

FEDERICO DE ONIS EN COSTA RICA

Por la significación histórica que tiene para nosotros la visita de una de las figuras más conocidas del mundo hispánico, incluyo en este Apéndice varias cartas y una entrevista de bienvenida que explican e ilustran la etapa costarricense del viaje de Federico de Onís por Hispanoamérica en marzo de 1949.

De cierto modo estos documentos dan fe del temple peculiar de la hospitalidad costarricense. Porque Onís viajaba al amparo de su propia personalidad únicamente, sin el conjunto de medios protocolarios de que disponen las instituciones académicas y del estado para recibir y obsequiar a las visitas de valía. Su acogida tuvo que organizarse desde fuera.

Una veintena de cartas escritas con anticipación a algunas de las personas de mayor sensibilidad y dinamismo en las cosas del espíritu sirvieron de estímulo para movilizar el grupo escogido, capaz de admiración y aprecio. La mayor parte de estas cartas lograron una respuesta de benévola y sincera promesa.

Me valí de gentes como don Joaquín García Monge, antiguo amigo de Onís, y de su conterráneo y pariente don Francisco María Núñez, de don Ricardo Fernández Guardia y de don Hernán G. Peralta, y recurrí a la sagacidad y comprensión de quienes regían la enseñanza nacional: el Ministro de Instrucción Pública, el Rector de la Universidad de Costa Rica, el Director del Centro Cultural Costarricense-Norteamericano, y a otros. Para agasajar a doña Harriet de Onís y al joven Onís acudí a la reconocida afabilidad de doña María González de Tinoco.

Ejemplo generoso, tal vez el más breve de este carteo, es el de don Ricardo Fernández Guardia, que aquí copio.

En la entrevista que en las oficinas del *Diario de Costa Rica* manejó el Sr. Núñez aparece muy claro el temperamento espontáneo y vivaz del ilustre visitante. Con su conocida devoción a los asuntos que directa o indirectamente están relacionadas con la cultura costarricense, el Sr. Núñez supo extraer en su coloquio el brío comunicativo de Onís aun sobre temas circunstanciales de interés local.

En el breve fajo de cartas comprendido en este Apéndice, Onís hace recuerdo de su estancia en Costa Rica y habla de personas y cosas de nuestra tierra que le inspiraban verdadera simpatía. Su memorable entrevista y estas sencillas cartas tienen un puesto apropiado y oportuno en este Homenaje a Federico de Onís como vínculo de nuestro particular afecto a su memoria.

1. ONIS ANUNCIA EL ITINERARIO DE SU VIAJE POR HISPANOAMERICA
HABLA DEL ESTUDIO SOBRE MANUEL GONZALEZ ZELEDON

(Carta manuscrita a José M. Arce)

Denver, Colorado, 10 marzo 1949

Mi querido Arce:

Adjuntas le envío las pruebas de la tirada aparte de *Manuel González Zeledón*, o sea, del libro que aparecerá en la serie de *Autores Modernos*. Se las envié para que las lea y corrija si encuentra erratas que yo no haya visto. Las correcciones que se pueden hacer ahora son sólo las erratas de imprenta, pero no es posible añadir ni quitar nada que haga cambiar el ajuste de las páginas.

Cuando termine su lectura y haga al margen sus correcciones, hágame el favor de devolver las pruebas directamente a la imprenta: Ucar García, S. A., Teniente Rey 15, La Habana, Cuba. Conviene enviar las pruebas cuanto antes y por correo aéreo, a razón de 8 centavos por cada media onza. Ya he escrito a la imprenta diciéndoles que usted devolverá las pruebas y que cuando las reciban pueden hacer la impresión de 400 ejemplares, de los cuales 50 serán para usted, que es la cantidad que según creo usted encargó.

Le ruego no deje de devolver las pruebas pronto, porque la imprenta tiene detenido todo ese material que ha salido ya en el número de la revista, y desean terminarlo cuanto antes.

Ya no podrá usted contestarme aquí porque saldré para Sudamérica el próximo sábado 19. Pienso parar en Guatemala por tres días y el miércoles 23 salir para Costa Rica, adonde tengo grandes deseos de llegar. La lectura de su estudio sobre Zeledón me ha preparado para mi llegada al país. Le repito mis gracias por todo lo que ha hecho para relacionarnos con la gente de allá, y estoy seguro de que seremos muy felices durante nuestra estadía en el país.

Sabe es su buen amigo,

Federico de Onís

2. a) PREPARACION DEL RECIBIMIENTO DE ONIS

Hanover, New Hampshire
10 de febrero de 1949.

Sr. don Ricardo Fernández Guardia
San José de Costa Rica

Mi muy estimado don Ricardo:

Creo obligación mía participarle con suficiente anterioridad una noticia que de seguro ha de serle de interés. Don Federico de Onís, a quien usted

conoce por supuesto por la labor que ha hecho en pro de los países de habla española desde su cátedra en la Universidad de Columbia, pasará por Costa Rica para fines de marzo en viaje de estudio por varios países de Hispanoamérica. Va acompañado de su esposa, doña Harriet de Onís. Permanecerán una semana en Costa Rica.

Como discípulo y amigo que soy del señor Onís, quisiera que recogiese, en Costa Rica muy buenas impresiones de la cultura del país y que lograra conocer de presencia algunas personas que mejor la representan. Ni que decir que entre ellas ocupa usted un puesto singular e imprescindible. Sería imperdonable que el Sr. Onís pasara por Costa Rica sin hacer su conocimiento. Confío en que usted, que también es digno representante de nuestra antigua y ya casi prescrita gentileza, haga lo posible por verse con él durante su corta estancia en el país.

Mucho le agradezco su tarjeta de navidad. Sabe usted que le deseo el bienestar y la tranquilidad que requiere su vida de estudioso. Lo saluda con respetuoso afecto,

José M. Arce

2. b) PREPARACION DEL RECIBIMIENTO DE ONIS

(Carta manuscrita)

Apartado 222

San José, 28 de febrero de 1949.

Señor
Don José M. Arce
Dartmouth College

Mi muy estimado amigo:

Con el mayor gusto he leído su carta de fecha 10 del mes en curso a la que no he contestado antes por haber estado enfermo.

Créame que será para mí muy grato conocer personalmente a don Federico de Onís a su paso por nuestra tierra. Personas como él no las vemos aquí sino muy rara vez. Mucho me complacerá también presentar mis respetos a su señora.

Siempre suyo afmo. amigo,

R. Fernández Guardia

3. FEDERICO DE ONIS A SU LLEGADA A COSTA RICA: SUS OPINIONES E IMPRESIONES

DEL UNAMUNO INTIMO Y SINCERO HABLARA FEDERICO DE ONIS. *Diario de Costa Rica*, viernes 25 de marzo de 1949; 1ª y 2ª planas; retrato. [Aclaración al título] Entre sus papeles trae los originales del *Cancionero* que dejó inédito don Miguel y donde se aprecia al autor en toda la intimidad. Sabrosa charla sostuvimos ayer tarde con el ilustre hispanista que visitó las oficinas del *Diario de Costa Rica*.

A las catorce horas ingresaron a la capital don Federico de Onís, su distinguida esposa y su hijo, quienes fueron recibidos en el aeropuerto nacional por el Maestro García Monge, delegados de la Universidad de Costa Rica y del Club Rotario de San José y simpatizadores del gran hispanista. Seguidamente se trasladó al Hotel Europa, donde se alojará durante su permanencia en Costa Rica.

Apenas reposado del viaje, se echó a la calle en busca de impresiones, deseoso de conocer el movimiento de la ciudad, de pasar vista por sus edificios y lugares públicos; en fin, para recoger sus propias impresiones.

De paso se detuvo en el *Diario de Costa Rica*, donde tuvimos la oportunidad de cambiar algunas frases.

—Me siento muy complacido de haber llegado a esta tierra —dijo— de la cual ya tenía referencias. Conocía entre otras personalidades a García Monge, cuya obra sigo a través de su *Repertorio Americano*. Entre los discípulos aventajados, cuento a José Ma. Arce, un buen costarricense que se ha abierto campo en los Estados Unidos. Pero no se desapegó de su patria: la siente, la vive. Sigue siendo un hijo grato que se empeña en surgir, en realizar tarea apreciable para honrar a su patria.

—No hay señal fronteriza que indique al viajero que ha entrado en zona costarricense, pero desde el avión es fácil advertirlo. La naturaleza tiene otro color: se ve más aparcada, mejor sembrada. Igual observación hice al cruzar los otros países centroamericanos. Hay algo que los caracteriza, que los distingue.

—Aquí me siento muy bien; pienso en la lejana tierra española donde nací. El clima es agradable. Lo es también el aspecto de la población. Hay una cordialidad que crea simpatía.

—¿Es cierto que su presencia entre nosotros será muy corta? —inquirimos.

—Tengo un compromiso en Colombia para el día 28, y entiendo que debo hacer el viaje de San José a Cali para llegar a Bogotá. Después tengo otras obligaciones que cumplir en el Ecuador. Pero desearía permanecer más tiempo en Costa Rica. Lástima que el tiempo tenga sus limitaciones.

—¿Dictará usted varias conferencias en esta capital?

—Esta (anoche) tengo una invitación del Club Rotario que generosamente me hizo llegar a los Estados Unidos, cuando preparaba un itinerario. Mañana (hoy) a las 17 horas (5 p.m.) daré una conferencia en el Teatro Nacional, por instancias de la Universidad de Costa Rica. No tengo programa, pero creo que generosamente me lo han hecho. Y en estas actividades estoy en mi elemento.

Para el sábado entiendo que se ha solicitado otra conferencia a mi esposa. Supongo que el domingo debo estar de viaje.

—Ha escogido usted un tema muy sugestivo —dijimos.

—Sí, voy a referirme a Unamuno íntimo, al que conocí desde la niñez. Fuimos compañeros. Hablaré de lo que no se conoce de él, de su *Cancionero*, una especie de diario poético, íntimo, que no se ha impreso, cuyos originales llevo para ver si logro editarlo en el Sur (*). Allí se aprecia el aspecto más espontáneo de Unamuno. Son apuntes íntimos y sinceros. Adelantaré algunas de las ideas que he puesto de comentario a ese *Cancionero*.

—¿Acaba de hacer usted una edición del *Quijote* en la Argentina? Por carta que no ha llegado a nuestras librerías —le informamos.

—Yo hice una edición para divulgarla, para hacerla llegar a todos los estudiantes. Inclusive insistí en una edición económica. Hay una introducción y muchas notas. Claro, tuve a la vista las notas de otros editores del *Quijote*, pues sintetiqué mucho, tratando de reducirlas estrictamente a lo necesario para aclarar conceptos y dejar una mejor comprensión del texto. El *Quijote* debe seguir siendo un libro de lectura para todos, y por eso hay que empeñarse en hacer ediciones buenas, completas y con las notas explicativas necesarias.

—Después entró en una serie de análisis del valor de los libros, de los problemas de la moneda, de las dificultades de transporte, y todo eso que encarece el libro, que debe ser el principal vehículo de la cultura popular.

Aprovechamos la oportunidad para consignar un atento saludo para don Federico, la señora de Onís y el joven de Onís. Ojalá puedan disfrutar de una feliz temporada en Costa Rica.

4. ONIS CUENTA SUS IMPRESIONES DE COSTA RICA

(Carta Manuscrita)

743 San Isidro 0146

Villa Ocampo
San Isidro
F. C. C. A
Buenos Aires, 26 mayo 1949

Mi querido Arce:

He viajado tanto desde que salí de Costa Rica que no he tenido un momento de reposo para escribirle. Me gustó mucho Costa Rica y me alegró de haber estado allí. Fueron muy amables con nosotros el Rector y demás profe-

(*) Efectivamente Federico de Onís publicó en Buenos Aires, Losada, 1953, la edición original, con prólogo suyo, del *Cancionero - Diario poético* de Miguel de Unamuno. Contiene 1775 poesías, escritas diariamente hasta su muerte. Esta obra póstuma de Unamuno es fundamental para conocer su personalidad, en sus aspectos más íntimos y profundos, como lo indica Onís en su entrevista.

sores de la Universidad, Núñez y otros amigos de usted, la Sra. de Tinoco, don Joaquín García Monge, a quien vimos constantemente, y otras personas. Además de la ciudad, vimos otros sitios, y me impresionó mucho por su belleza natural y su iglesia colonial el valle de Orosi, que es uno de los sitios más bellos de América. Di una conferencia en el teatro bajo los auspicios de la Universidad. Conocí al presidente Figueres, que asistió a un acto celebrado en nuestro honor. Le recordé a usted mucho en aquellos días pasados tan agradablemente en su tierra, y vi su mano en muchas de las atenciones que recibimos, por lo que le quedo sumamente agradecido.

Estuvimos después un mes en Colombia, país que me interesó muchísimo y que llegamos a conocer bastante bien. Paramos en el Ecuador por varios días y estuvimos más de dos semanas en Chile, cada pueblo distinto e interesante a su modo. Ahora estamos por tres o cuatro semanas en la Argentina, donde hemos encontrado mucha cordialidad. Aún tenemos que ir a Córdoba y al Uruguay, y desde allí regresaremos a Nueva York hacia el 15 de junio.

Querría tener a mi llegada la bibliografía de Cunninghame Graham revisada por usted, para mandarla enseguida y publicar cuanto antes el número próximo de la revista, que está muy retrasada. Si la envía con anticipación, pueden preparar en la oficina de bibliografía la lista de abreviaturas y lo que haya que hacer en el manuscrito.

Le abraza su buen amigo,

Federico de Onís

5. ONIS REITERA DESDE NUEVA YORK SUS IMPRESIONES DE COSTA RICA

(Carta manuscrita)

Hispanic Institute in the
United States, Casa Hispánica
Columbia University
435 West 117 th. Street
New York City

26 de junio 1949

Querido Arce:

Regresé hace una semana de mi viaje por Sudamérica, todo él muy agradable. Le escribí de Buenos Aires, dándole mis impresiones de Costa Rica y las gracias por haberme recomendado a sus amigos, que se portaron muy bien conmigo. Supongo que recibió mi carta.

En ella le decía también que necesitábamos la bibliografía de Cunninghame Graham para el próximo número de la revista y le pedía que la enviase antes del 15. Todo el número está preparado y sólo falta la bibliografía para poder mandarlo a la imprenta. Por eso le ruego me la envíe enseguida, pues la revista

está sumamente atrasada y quiero ganar el tiempo perdido, haciendo para ello el esfuerzo que sea necesario.

Sobre Cunninghame Graham saldrá, además de su bibliografía y las páginas antológicas e ilustraciones que me envió hace años, un estudio sobre la vida y la obra que nos envió Antonio Gallo, de la Argentina. Creo que hablamos de esto cuando nos vimos en Dartmouth. Si se le ocurre alguna otra cosa que podamos añadir sin demora (de ilustraciones o materia suplementaria), dígamelo. Pero lo más importante ahora es que salga el número cuanto antes, y lo de C. Graham, dentro de lo posible, quedará bien.

Le abraza su buen amigo,

Federico de Onís

6. ONIS INSISTE EN LA PUBLICACION DE UNA MONOGRAFIA DE
AQUILEO J. ECHEVERRIA

HISPANIC INSTITUTE IN THE UNITED STATES
Casa Hispánica, Columbia University
435 West 117 th. Street, New York 27, N. Y.
10 de octubre de 1950

Professor J. M. Arce
Dartmouth College
Hanover, New Hampshire

Mi querido amigo:

Al volver a la Universidad y hacer los planes de trabajo para este curso, le escribo para recordarle que me prometió hacer la monografía de Aquileo J. Echeverría para nuestra serie de "Autores Modernos".

Me alegraría mucho saber que no ha olvidado mi encargo y la fecha aproximada en que piensa terminarlo para hacer nuestros planes en cuanto a su publicación.

En la Casa Hispánica tenemos bibliografía y recortes que puede usted utilizar, enviándoselos, si usted quiere. Habrá también que buscar ilustraciones.

Le saluda con el afecto de siempre su buen amigo,

Federico de Onís
(Firmado)

APENDICE II

FEDERICO DE ONIS Y JOAQUIN GARCIA MONGE

Inicia este Apéndice un artículo mío aparecido en el *Diario de Costa Rica* del 1º de setiembre de 1928 hace justamente cuarenta años. Data de mucho antes del trozo laudatorio que cito la firme amistad de Federico de Onís y Joaquín García Monge. Ya en 1917 publicaba éste en su serie "El Convivio" la conocida disertación universitaria de Onís, con una Introducción de Alfonso Reyes, la 3ª edición de *Disciplina y rebeldía*, apenas dos años después de haberse publicado en Madrid la 1ª edición. La impresión del futuro editor del *Repertorio Americano* iba a hacer conocer a la juventud hispanoamericana la obra temprana del profesor español. Advertimos desde luego la empresa triangular de un español, un mexicano y un costarricense, que se coordina desde San José. Este fue el género de empresa ideado por Joaquín García Monge que hizo proverbial su reputación en el mundo hispánico.

Más tarde, en 1920, la Editorial García Monge y Cía. da a la estampa las *Poesías originales de Fray Luis de León*, revisadas por don Federico de Onís, edición que por largo tiempo fue muy buscada por su acendrada labor antológica.

Las cartas que elijo de entre las que conservo de Joaquín García Monge se refieren, dos de ellas, a un estudio publicado en la *Revista Hispánica Moderna* de Onís, y la última al ofrecimiento que me hizo don Joaquín dos meses antes de la llegada de Onís a Costa Rica de "agasajar a don Federico", a pesar de "la discordia civil" que él veía en la capital. Así lo cumplió con fidelidad ejemplar, como se desprende de la carta de Onís, escrita en Buenos Aires, que reproduce el Apéndice anterior.

José M. Arce

FEDERICO DE ONIS Y JOAQUIN GARCIA MONGE

1. "SE HACE JUSTICIA AL MAESTRO GARCIA MONGE"

(Carta de José M. Arce publicada en el *Diario de Costa Rica*, 1º de setiembre de 1928)

Nueva York, 16 de agosto de 1928

Sr. Director
DIARIO DE COSTA RICA

Muy señor mío:

En la última entrega de la *Revista de Estudios Hispánicos*, aparece un

artículo de su director, D. Federico de Onís, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Columbia, de Nueva York, titulado “Resurrección de Arévalo Martínez” que, aparte de su lectura sugestiva, atrae en particular la atención del lector costarricense por las elogiosas apreciaciones que hace de paso sobre la personalidad de D. Joaquín García Monge. El Sr. Onís es ya bien conocido en España y América por su exposición enaltecedora y al mismo tiempo objetiva de la cultura española desde su cátedra universitaria, por las activas entidades culturales que ha organizado y por su prestigio como crítico y ensayista de disciplinado intelecto y finísima intuición. Su voz tiene el timbre de autoridad que hace todavía más significativas sus palabras.

“La primera noticia que llegó a mí de este autor guatemalteco (Rafael Arévalo Martínez)” —dice— “fue a través de un tomito publicado en Costa Rica por J. García Monge. En este caso, como en otros tantos, ha sido García Monge el descubridor y difundidor de nuevos valores hispanoamericanos. De la obra de este hombre benemérito habrá que hablar algún día despacio. Baste decir ahora que su *Repertorio Americano* y las ediciones diversas que desde hace dieciseis años viene publicando, constituyen el órgano más elevado y eficaz de comunión intelectual y literaria de Hispanoamérica... Sin la edición y reedición de García Monge el libro hubiera quedado inédito de hecho y su descubrimiento posterior hubiera sido tardío y dudoso. A través de ella llegó la obra a un círculo más amplio, formado por todas las personas con quienes García Monge mantiene desde su rincón de San José de Costa Rica un íntimo contacto espiritual. Este círculo, aunque en cierto modo privado y formado en torno a una sola persona, comprende a todos los trabajadores intelectuales de Hispanoamérica y de España que, aunque separados, se sienten unidos por la común aspiración a conocerse los unos a los otros”.

En alto concepto de la obra de García Monge que estas frases encierran no se puede enunciar de manera más clara y espontánea. No hay en ellas reservas acotadoras. De hecho formulan definitivamente una idea que viene abriéndose campo en la mentalidad de España y del Nuevo Mundo y que es necesario hacer penetrar también en la conciencia de los costarricenses.

De usted acogida en sus columnas, Sr. Director, a esta nota informativa y contribuya de esa manera a que sea profeta en su patria quien tanta honra refleja sobre ella en el extranjero. Se lo agradecerán sus lectores tanto como se lo agradece de veras

S. a. s. s.,

J. M. Arce

2. JOAQUIN GARCIA MONGE Y UN ESTUDIO PUBLICADO EN LA “REVISTA HISPANICA MODERNA”, DE ONIS

30 en. 1947

Tenga salud, mi querido Prof. y amigo don José M. Arce, en Hanover. Gracias por su carta, que le contesto. Mil gracias por su estudio sobre Magón,

que he leído con provecho y emoción, por lo de lo vivido. Yo soy viejo. Gracias por el lugar que Ud. me asigna en su estudio. Hay que publicar su estudio en el Rep. Amer. Lo voy a hacer luego, por partes, ya que no puedo sacarlo de un golpe. Todos estamos de plácemes con la edición de Magón a su cargo. Ya era tiempo de verla circular; muchos la esperan, adentro y afuera. Ud. le ha hecho un gran servicio a la memoria de Magón. El director de la Imprenta Nacional está de plácemes; así me lo dijo un día de estos.

Su deseo de una lista de escritores jóvenes de Nicaragua y Honduras le da idea de cómo andamos. Casi no puedo hacérsela, porque esas gentes viven en un aislamiento terrible: las dictaduras que ponen rejas, el desaliento en que viven, etc.

Conversando con uno que sabe, sacamos esta lista para Nicaragua: Joaquín Pasos (Managua), José Coronel Urtecho (Granada), Francisco Pérez Estrada (Managua), Alberto Ordóñez Argüello (Guatemala), Emilio Quintana (Managua), Manolo Cuadra (Managua), Pablo Antonio Cuadra (Granada), Ernesto Gutiérrez, Ernesto Cardenal, Edo. Silva Espinosa, Rod. Sandino Argüello.

Le ruego le escriba en mi nombre a Aquiles Certad, hombre de letras servicial, Cónsul de Venezuela en Tegucigalpa. El le dará una buena lista de lo que vale en la Honduras literaria de ahora.

Bueno, mi excelente amigo; le digo hasta luego. Salud y éxito y cuente conmigo.

J. García Monge
(Firmado)

3. EL "REPERTORIO AMERICANO" Y LA "REVISTA HISPANICA MODERNA", DE ONIS

12 de febrero de 1947

Mi querido don Joaquín:

Su carta, buena y generosa como suya, es el mejor augurio para los *Cuentos* de don Manuel, que espero ya no se dilatarán en ver la luz. Con su agua bautismal borra usted el pecado de origen.

Me dice usted que piensa publicar la explicación introductoria en su excelente *REPERTORIO*, y yo querría que así fuese por la calidad que esto habría de conferirle. No me atrevo, sin embargo, a aceptar esta gratísima oferta porque no quiero romper con las reglas que usted le ha fijado a la revista en cuanto a la extensión de los artículos que en ella aparecen. Rara vez he visto que un artículo se continúe en la siguiente entrega, y como esto me parece muy razonable, dado el carácter de su *REPERTORIO*, preferiría que no se publicara.

Le prometo enviarle, en su lugar, un artículo de mucho menos extensión que no exceda los límites prefijados. Versará precisamente sobre el aniversario de su *REPERTORIO*. El Sr. Onís me ha encargado que lo prepare para el

siguiente número de la REVISTA HISPANICA MODERNA, y yo le mandaré copia anticipada.

En Washington hablamos de usted en la asamblea de los profesores universitarios de español, entre gentes que le admiran y quieren de veras. De nuestra conversación salió una iniciativa, de la cual le hablará oportunamente quien la incitó.

Muchas gracias por los datos que me da sobre los escritores de Centro América. Seguiré su consejo implícitamente.

Lo saluda con invariable afecto,

J. M. Arce
(Firmado)

Sr. don Joaquín García Monge
Repertorio Americano
Letra "X"
San José de Costa Rica

4. "HARE LO POSIBLE POR AGASAJAR A DON FEDERICO..."
JOAQUIN GARCIA MONGE.

Enero 31 del 49

Tenga salud y éxito, mi noble amigo Dn. J. M. Arce. Gracias porque tengo noticias directas de usted. Por otros ya sabía de sus éxitos y tanto que me alegro de eso.

Mucho me place la posible llegada de don Federico. Lo estimo y quiero como a su esposa Dña. Harriet. Lástima que aquí ahora la discordia civil haga tantos estragos y mantenga quebrados los ánimos de las gentes intelectuales (profesores, maestros, periodistas, escritores; ni Ateneo ni Sociedades de nada). Sólo aislamiento y hostilidad de los unos para los otros. El *clima* que hallará don Federico será malo, por desdicha. Yo vivo por encima de estas peleas civiles, o al margen, y aún así no me ven bien ni unos ni otros. Personalmente haré lo posible por agasajar a don Federico. Como vivo en absoluto alejado de los medios oficiales, hay que tocar otras puertas para que le hagan auditorio, si nos da unas conferencias.

Le ruego le escriba a la Srita. Emma Gamboa, en la Escuela de Pedagogía, en Heredia. Es la Decana de Pedagogía y tiene extraordinaria influencia; es acogedora y progresista. Ella le haría auditorio a don Federico entre profesores, maestros, alumnos de los colegios. Ella cuenta con el apoyo del Ministro de Educación y de la Universidad. De modo que pueden agasajar y acoger tanto como se pueda a don Federico en su semana de Costa Rica.

Su idea de un homenaje en la revista es de mi mayor gusto. Mándeme luego —porque ya alisto los números del próximo marzo— el artículo suyo de que me habla, y escójame unos dos o tres ensayos más oportunos. Y así realizo su noble anhelo. Sobre don Federico publiqué alguna vez la página de Iduarte, que gustó mucho.

Quedo a su mandar, mi amigo don J. Ma.

Con las nuevas señas, ya le está yendo la revista. Si alguna entrega le falta, me la pide.

Un abrazo de su amigo, y escriba luego.

J. García Monge
(Firmado)

J. G. M.

Discurso de contestación al anterior

HERNAN G. PERALTA

Es para mí profundamente grato contestar el discurso de incorporación que acaba de pronunciar el doctor don José María Arce.

Compañero de colegio en mis primeros años, nunca supuse que las curvas de la vida, después de tanto tiempo, me proporcionarían la ocasión que con sumo agrado, y con sentimiento indefinible, aprovecho, para dar expansión a mi espíritu y para cumplir el ritual académico que esta noche nos congrega.

De la generación a que pertenezco, es uno de los representantes más destacados y de una completa formación universitaria, alcanzada en muchos años de estudio, de experiencia intelectual, de conocimiento de hombres y de lugares, de investigación, de observación, de viajes a diversos países, de permanencia en compañía de profesores que lo guiaron, de contraste de personas y de cosas, de servicio en la cátedra y de producción literaria que podríamos llamar técnica, y adecuada a los motivos que han sido objeto de su predilección.

Y es muy nuestro este costarricense viajero y cosmopolita, este colega conocido apenas en nuestro país. Es hijo de una ciudad central y cafetalera, Santo Domingo de Heredia, que hace unos cuantos años, en una exposición pública de objetos de su pertenencia, de muebles y enseres conservados al través de las generaciones, nos demostró que guarda en sus hogares el tesoro de nuestras mejores tradiciones, y una auténtica vocación de sentido nacional.

En febrero de 1921, al presentarse el conflicto con la vecina

República de Panamá, el señor Arce fue de los primeros en ofrecer sus servicios al país y en alistarse en las fuerzas que hicieron la jornada del Pacífico, tomando parte en las etapas de la expedición, hasta el término de la misma.

En 1923 se trasladó a los Estados Unidos de América, en donde había de realizar parte de sus estudios, y, a su regreso de Europa, hacer de la cátedra el laboratorio de su vida.

Rico por su casa, pudo haberse dedicado a viajes de placer o a administrar sus negocios con un carácter ampliativo, pero el amor al estudio y una inclinación muy señalada por los menesteres literarios, lo impulsaron decididamente a las aulas universitarias, y así lo vemos en 1922 y 1923 en la Universidad de Columbia, en Nueva York, iniciando los cursos con la especialización en lengua y literatura españolas, que continuó en los dos años siguientes en la Universidad de Madrid y en el Centro de Estudios Históricos, donde fue alumno de Ortega y Gasset y de Menéndez Pidal, ensanchando seguidamente sus conocimientos en la Universidad de Dijon, sobre la lengua y la civilización francesas, y en el Real Instituto Superior del Magisterio, en Venecia, acerca de las mismas disciplinas en Italia.

Volvió a los Estados Unidos para el doctorado, y presentó los exámenes finales en la Universidad de Columbia en 1927. Dartmouth College lo incorporó, "honoris causa", en 1941.

Tanto durante sus estudios universitarios, como en los cursos de especialización que siguió en Europa, encaminó su esfuerzo hacia el conocimiento del idioma español y su literatura, indivisiblemente, como en su comparación con las otras lenguas que adquirió y logró dominar, el inglés, el francés y el italiano. Su punto de vista cultural se mantuvo fijo, y el análisis del español con sus melodías semánticas hicieron de él un profesor del idioma y un gran expositor de la cultura de la Península, que tuvo en el señor Arce a un verdadero propulsor —llamémoslo así— de los valores españoles e hispanoamericanos en los Estados Unidos de América, país en el que tuvo prolongada residencia y a cuyo profesorado hubo de incorporarse.

Dartmouth College lo envió en 1935 a Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, la República Argentina y Brasil; y luego lo acreditó como su delegado en el Octavo Congreso Científico Panamericano de Washington en 1940, en la Universidad de Tulane en 1942, en la Universidad de California en 1955, y en la Universidad de Puerto Rico en 1957.

En los organismos universitarios en que trabajó, fue desde Auxiliar de cátedra hasta profesor titular, en 1941, habiendo además desempeñado otros cargos entre los años de 1939 y 1951 en

varias universidades norteamericanas, enseñando con especialidad en algunas de las mismas la literatura hispanoamericana.

Además de su labor en la cátedra, desarrolló una actividad de conferenciante en centros universitarios, colegios y corporaciones culturales norteamericanos, a la vez que hacía venir a dar cursos en seminarios de literatura española e hispanoamericana a expositores peninsulares como Jorge Guillén, Pedro Salinas, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís, Américo Castro, Angel González Palencia y Angel del Río; a hispanoamericanos como Jorge Mañach, Luis Alberto Sánchez y Ernesto Montenegro; a hispanistas o hispanoamericanistas norteamericanos como Hubert Herring, Frank Tannenbaum y otros.

“Cervantes y el Quijote”, “Las influencias filosóficas en la vida intelectual de la República Argentina”, “Temas fundamentales de la literatura hispanoamericana”, “Rubén Darío”, “Sarmiento”, “Introducción a la literatura española”, “La América hispana de hoy: su formación social, económica e institucional”, “Figuras y movimientos decisivos en la literatura de la América hispana”, “Estilística”, “La enseñanza del español: iniciación en la metodología”, “El actual florecimiento de la novela en Centro América”, “La literatura de Centro América”, etc., son los títulos de algunas de sus conferencias, ya que no sería posible en una somera referencia bibliográfica, aludir al sinnúmero de informes, exposiciones, artículos publicados en revistas, prólogos, monografías, estudios de filología comparada, de crítica literaria y libros que han contribuido a acrecentar el acervo cultural de aquel ambiente, que han puesto de relieve las condiciones y cualidades de su autor, y le han otorgado la credencial de esforzado laborante y auténtico dirigente en nuestro parvo círculo de labradores del pensamiento.

Era natural que el fundador y director de “Ambas Américas”, el instructor de español en la Universidad de Columbia, el miembro de la Facultad de Estudios Hispánicos en la Duke University, el profesor visitante de literatura hispanoamericana en la Universidad del Estado de Ohio, el miembro del Cuerpo de Redactores de la Revista Hispánica Moderna, y el activo colaborador en publicaciones de índole pedagógica, literaria y científica, fuera promovido al seno de sociedades eruditas como la Asociación Americana de Profesores de Español y Portugués, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, el Círculo Lingüístico de Nueva York, y otros centros de igual importancia, en los cuales continuó sus trabajos y pronunció conferencias como las tituladas: “Sarmiento y la historicidad del Facundo”, “Costa Rica y su expresión literaria”, “Cadalso en el sitio de Gibraltar”, “América en la pintura de José Clemente Orozco”, para ampliar luego sus acti-

vidades en una labor de comunicación intelectual de vastas proyecciones que lo elevaron a la dirección y a la presidencia de grupos y cursos para graduados, de formaciones profesionales y centros de investigación que tuvieron en él a un verdadero conductor y un acertado orientador.

En los meses de octubre de 1949 a enero de 1950, hizo por su cuenta un estudio analítico de la Colección Luis Dobles Segreda, en la Biblioteca del Congreso de Washington, formada por 938 volúmenes con 6000 piezas bibliográficas, y logró obtener para sí una clasificación de la misma, con notas de gran valor informativo.

Encargado en Darmouth College en 1928 para organizar una colección hispanoamericana en la biblioteca, procedió a la tarea con el mayor empeño, y él mismo expresa así el propósito que tuvo en mira: "La comprensión del hispanoamericano de hoy ha sido la finalidad fundamental que me ha guiado en el proceso de adquisiciones. Dentro de esta concepción, no me he limitado al primer plano de la historia política y económica y de la expresión literaria, sino que he tenido en cuenta asimismo los factores sociopsicológicos de la familia, la educación, la expresión religiosa, las formas de vida que ha labrado el ambiente y las corrientes ideológicas que han prevalecido en la opinión pública y en la actividad intelectual.

"Se ajusta la colección a las necesidades de la enseñanza universitaria y, en determinados sectores, a las de la investigación. Está alojada y clasificada por separado, con carácter de civilización integral. Sumándole los fondos pertinentes en materia de artes plásticas, música, filosofía, lenguas indígenas y bibliografía, que no forman parte del cuerpo de la colección, asciende el conjunto a unos 15000 volúmenes".

Fue especial cuidado del señor Arce la selección del material relacionado con la literatura y la historia de la América Central, y sobre todo con lo que respecta a Costa Rica. Y así han quedado en uno de los centros universitarios más acreditados de los Estados Unidos, por el trabajo intencionado de un compatriota, los datos de nuestra modesta nacionalidad, debidamente catalogados.

Cultor de la lengua castellana, depurador de la frase, cortesano de la expresión, curioso investigador del verbo como alma de la oración o espíritu de la palabra, ha discurrido por los campos de la filología con el gusto del solfeador que vocaliza, o del piloto que entiende la música del mar. Así el idioma, nuestro idioma señores académicos, ha sido estilizado en sus páginas convencionalmente, o bien ha encontrado en sus manos de escritor la locución de vida que sólo un maestro suele formular.

Y Costa Rica, ¿qué le debe a este estudiante, a este emigrante que ha pasado tantos años lejos de su suelo? Le debe la interpretación de una figura de nuestros anales, el enfoque de un nombre y de un hombre que ejerció una grande influencia en el medio en que nació. Le debe la semblanza de don Manuel González Zeledón, y la explicación documental de su gestión humana.

Para darnos cuenta de lo que significa este aspecto en la labor del doctor Arce, hay que recordar que el señor González Zeledón nació en la segunda mitad del siglo pasado y vivió dentro de la misma y en la primera del actual, cuando todavía el ejercicio cultural no había alcanzado la dimensión que parecía lucir la actividad política, aun cuando, para ser justo, he de admitir que precisamente con hombres de su talla, esa transformación se inicia, pero, como toda iniciación, era relativa la importancia que encontraba en un ambiente cargado de vapores de agua, o de principios de gobierno no del todo asimilados.

En todo caso, tal ha sido la trayectoria de los pueblos, y el nuestro no podía ser una excepción. La estructura política, elemental *per se*, aparece en la infancia de las sociedades, agrupándolas, y mientras no se afinan las aristas que condicionan la vida colectiva, no se puede sustantivar el segmento superior o cerebral con la admisión del *habeas corpus* como función orgánica de la fisiología o dinámica social.

Las civilizaciones antiguas no perviven por el recuerdo de sus regímenes políticos o de los caudillos que pudieran representarlos, sino por el destello de sus culturas que son cuerpos luminosos que la humanidad conserva como justificación de su razón de ser.

Y así, en el caminar de los siglos y tras una larga experiencia, pareciera que los hombres han convenido en aceptar como puntos de partida en el desenlace de la historia, cuatro episodios originados en la iniciativa individual: la filosofía griega, el cristianismo, el descubrimiento de América y la máquina de vapor.

De modo que, al nacer González Zeledón y venir a la literatura dentro del período que designa nuestro compañero don Abelardo Bonilla como la época realista, caracterizada, según él, por “el florecimiento literario en el desarrollo de la novela, el cuento y los cuadros de costumbres en la prosa, y el modernismo en la poesía”, más el intento que llevó a esos escritores a introducir “mayor verdad idiomática en la creación literaria y copiar o imitar los defectos de nuestro lenguaje popular”, comenzó el momento de lo que he llamado en alguno de mis trabajos “la redención de la colonia”, no porque la colonia, con todas sus limitaciones, hubiera sido en Costa Rica otra cosa que la escuela de

primeras letras o la gestora de nuestra situación contemporánea, sino por el desglose que el realismo costumbrista efectúa entre un pasado estatista o burocrático, y una nueva posición que otorgaba la autonomía al costarricense al reconocerle el derecho a la propiedad de sí mismo. El escritor nacía, y con él, una modalidad ambiciosa que podría atribuirle la responsabilidad de crear una patria que apenas alboreaba.

Hubo indiscutiblemente un movimiento de afirmación, coexistente con la labor de González Zeledón y sus coetáneos, y al adquirir permanencia y desarrollo, Costa Rica fue, insensiblemente, variando su fisonomía, hasta lograr una integración entre sus elementos y producir el tipo de hombre libre que en todas las naciones perfila a los escritores y a los científicos.

Y el doctor Arce, al estudiar al señor González Zeledón en la forma conocida, ha contribuido a la maduración de una era cuyo cómputo en el tiempo señala un arranque en la historia del país. Ha pertenecido a la plantilla de redactores de un mundo nuevo entre nosotros, y tanto por la fragua que ha caldeado el metal de su cultura, como por la cuota entregada a Costa Rica en la lista cobratoria que a todos nos obliga al llamar a la existencia la figura de uno de sus grandes valores, ha ganado en buena lid el lugar que otrora ocupara aquel gran divulgador de aspiraciones, de conocimientos y de conceptos que se llamó don Joaquín García Monge, al venir a ocupar su vacante en la silla Q de este cuerpo literario, que hoy lo recibe con fraternal simpatía.

Duelo académico

D. RICARDO CASTRO BEECHE

Electo el 4 de marzo de 1967.

Fallecido el 9 de octubre de 1967.

D. Ricardo Castro Beeche

Teníamos casi por seguro que otro discurso de incorporación aparecería en este número del Boletín, pero la fatalidad no lo permitió. Esperábamos que don Ricardo Castro Beeche se incorporaría pronto, según lo había manifestado, pero he aquí que en vez de su discurso tenemos que llenar estas páginas con la expresión del dolor que ha sentido la Academia Costarricense de la Lengua por la súbita muerte del ilustre y querido compañero.

Viajaba en avión, sobre el Mar Caribe, aquel fatídico 9 de octubre de 1967. Su destino inmediato era San Juan de Puerto Rico, pero fue otro su destino, el definitivo e inesperado todavía, el de la muerte. Murió en el cumplimiento de su deber, pues era Presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa y tenía que dirigir, esta vez en San Juan, la conferencia anual de Directores.

Nuestra Corporación ha perdido a un miembro muy distinguido, y de quien esperaba eminentes servicios; el periodismo a uno de sus más brillantes valores; el país a un ciudadano ilustre y ejemplar, cuyos servicios merecen el reconocimiento unánime de los costarricenses.

Don Ricardo Castro Beeche nació el 11 de abril de 1894. Estudió leyes en la Escuela de Derecho y solamente le faltó presentar la tesis de grado para incorporarse al Colegio de Abogados. Ya en sus primeros años de mocedad se distinguió don Ricardo por su clara inteligencia, su ponderado juicio, espíritu de servicio público y hombría de bien. Siendo muy joven todavía, en 1915, fue Cónsul de Costa Rica en Nueva York, en 1924 Secretario Particular de la Presidencia de la República, el mismo año en que fue elegido Diputado al Congreso. En 1927, Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores; en 1928, Presidente de la Delegación enviada por Costa Rica a la VI Conferencia Panamericana de la Habana, época en que inició su vida periodística. De 1928 a 1934 fue Director y Gerente de *Diario de Costa Rica*, pero también, de 1932 a 1936 fue Diputado y Presidente del Congreso. Este año de 1936 fue nombrado Embajador en Washington y en Méjico, hasta 1940, cuando fue nombrado Agente Financiero y encargado de arreglar la "deuda inglesa", entonces viajó a Londres y obtuvo un arreglo muy satisfactorio para el país. Fundador de *La Nación* en 1946, y Director de este diario a partir de 1950. Este mismo año fue Presidente de la Junta de Directores del Ins-

tituto Nacional de Seguros. En 1951 y 1953 fue Embajador de Costa Rica, con misión especial, en Méjico y Panamá. En 1960 viajó a Colombia, como Delegado a la Conferencia de Ministros de Economía, y este mismo año fue nombrado Presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa. Fue también Presidente de la Asociación de Periodistas de Costa Rica, y recibió dos premios importantes de periodismo: El Cabott Lodge y Las Américas.

La Academia Costarricense de la Lengua lo eligió su miembro de número en virtud de sus méritos periodísticos, el 4 de marzo de 1967, para que ocupara la silla F, que había quedado vacante por la muerte de don Carlos Orozco Castro.

Don Ricardo Castro Beeche se sintió muy complacido con el nombramiento de académico, y durante los seis meses que mediaron entre su elección y su deceso no faltó a ninguna de las juntas realizadas por nuestra corporación. Sensible pérdida, por cierto, y frustradas todas las esperanzas que teníamos en su colaboración.

*Discurso de nuestro Director D. Hernán G. Peralta
en el sepelio de D. Ricardo Castro Beeche*

Presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa, periodista de larga y brillante actuación, funcionario, diplomático y representante de Costa Rica en el exterior, don Ricardo Castro Beeche ha dejado su nombre registrado en los folios del movimiento intelectual del país, con brillo singular.

No seríamos justos, por otra parte, si olvidásemos al hombre, al caballero cumplido y al trabajador afanoso que supo imprimir la impronta de su personalidad en los diversos menesteres de la vida, ya que, desde muy joven, se hizo cargo de las obligaciones que asumió con despejo y valentía, y que aún continuaban para él al frente de un órgano de publicidad que supo conducir con acierto, tanto en el aspecto comercial como en el más interesante de ser exponente del pensamiento de la nación, y de colaborador de la misma en el diario trajinar de divulgación que un periódico está llamado a ejecutar, ya sea como mandatario de un sector público, o de direcciones u orientaciones generales que lo impulsan en determinadas circunstancias.

La capacidad literaria de un periodista tiene múltiples facetas, no siendo por cierto la de menor importancia, a la par de

su habilidad de escritor, la que inviste a un director con la autoridad suficiente para apersonarse al frente de una empresa y determinar sus normas, cualidades que adornaron al señor Castro Beeche, y que lo convirtieron en uno de los más distinguidos miembros del periodismo costarricense.

Entre papel de imprenta y maquinarias del oficio, transcurrió su vida útil y beneficiosa, y precisamente por su dedicación de laborante de la prensa, la Academia Costarricense de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española, lo asoció a sus trabajos en la última elección, y él correspondió con su interés y su cooperación en los esfuerzos que continuamente realizamos para llevar a cabo la tarea que nos ha sido encomendada.

Con profundo dolor despide la Academia a este compañero gentil e inteligente, y no olvidamos que en el corto espacio de tiempo que compartió nuestro trabajo, supo otorgar al cuerpo literario que lo llamó a su seno, la luz de su experiencia y el calor de su amistad.

Duelo académico

D. HERNAN ZAMORA ELIZONDO

Electo el 6 de diciembre de 1956.

Recibido el 2 de mayo de 1957.

Correspondiente de la Real Academia
el 9 de mayo de 1957.

Fallecido el 13 de diciembre de 1967.

D. Hernán Zamora Elizondo

Otro distinguido miembro de esta Academia falleció el 13 de diciembre de 1967: don Hernán Zamora Elizondo. Hacía pocos días lo habíamos visitado, junto con nuestro colega don León Pacheco, y por encargo de la Academia, con el fin de expresarle en su nombre la pena que sentíamos todos sus miembros por la enfermedad que lo aquejaba y los vivos deseos de que pronto se restableciera. Entonces nos dimos cuenta de que tales deseos ya eran vanos, porque su estado de salud había llegado a un punto de suma gravedad. Sin embargo el ilustre paciente nos habló, aunque difícil y débilmente, para decirnos cuánto agradecía nuestra visita y pedirnos que les comunicáramos a los demás miembros de la Academia su cordial saludo y profunda gratitud.

Aunque ya esperábamos en cualquier momento la triste noticia de su deceso, esta nos produjo muy honda consternación, porque perdía con ello la Academia no solamente a un miembro muy distinguido, sino también a un elemento excepcionalmente preparado en el conocimiento de nuestra lengua.

Nació el señor Zamora Elizondo en la ciudad de Heredia, el 2 de setiembre de 1894, y cursó aquí la enseñanza primaria y parte de la enseñanza media, en el Liceo de Heredia, y luego la continuó en el Liceo de Costa Rica (San José), donde obtuvo su bachillerato. De aquí pasó a estudiar leyes en la Escuela de Derecho hasta graduarse de abogado, y ejerció la profesión durante algún tiempo. En 1927 fue nombrado profesor de Castellano y Psicología en el Colegio Superior de Señoritas, de esta capital, y desde entonces comenzó su ascendente y brillante carrera en el campo de la educación: Director del Colegio Superior de Señoritas en 1931; Director de la Escuela Normal de Costa Rica entre 1933 y 1935; Director del Instituto de Alajuela entre 1936 y 1942; catedrático de Gramática Histórica Española, Gramática Comparada Románica y Metodología de la Enseñanza del Español en la Facultad de Filosofía y Letras en los primeros años de nuestra Universidad; Ministro de Educación Pública durante la administración de don Teodoro Picado, hasta 1948. En este año se tuvo que trasladar a Guatemala, como exiliado político, y aquí desempeñó el cargo de Asesor Técnico del Ministerio de Educación. Años después regresó a Costa Rica, y entonces fue nombrado Embajador de nuestro país ante las Naciones Unidas; pasó de este

cargo a desempeñar la Embajada de Costa Rica en Colombia, donde, como en Guatemala, fue muy apreciado por las personas de todos los círculos intelectuales.

El 6 de diciembre de 1956 fue electo miembro de número por la Academia Costarricense de la Lengua, recibido el 2 de mayo de 1957 y Correspondiente de la Real Academia Española el 9 del mismo mes y año. También fue miembro de la Academia Costarricense de la Historia.

Recibió premios y distinciones en reconocimiento a sus méritos literarios: las Palmas Académicas de Francia y otras condecoraciones; la Flor Natural, en 1919, por su poema "Las Rosas Blancas", y en 1923 por el poema "Visión de Amor".

Publicó varios libros el señor Zamora Elizondo: en 1925, *Entre los niños, Cuentos y Escenas*; en 1926, *El perro cayó muerto* (novelina); en 1927, *Aguja y Ensueño* (versos); en 1929, *las Horas Vagabundas* (versos); en este mismo año, *Orientación Literaria* (reeditada en 1931 y 1939); en 1941, *Gramática Castellana*; en 1942, *Educación de la Lengua Materna* (excelente obra pedagógica). También son muchos los artículos que dejó publicados en periódicos y revistas del país y extranjeros. Ciertamente fue don Hernán Zamora Elizondo un distinguido hombre de letras: prosista, poeta, orador, profesor, educador, filólogo, y en todos los campos eminente. Pero además fue un hombre sencillo, generoso y prudente. La Academia Costarricense de la Lengua se siente justamente de duelo por esta pérdida tan sensible.

*Palabras de nuestro Director D. Hernán G. Peralta
en los funerales de D. Hernán Zamora Elizondo*

Señores:

Es muy triste el motivo que nos congrega junto a los restos queridos del licenciado don Hernán Zamora Elizondo.

Abogado, catedrático, filólogo; todo lo fue en el curso de una vida llena de sugerencias para sí mismo, plena de afectos para los suyos, de noble orientación para los costarricenses que tuvieron en él un paradigma, y en su obra escrita una raya o línea horaria en el reloj de sol que señala los avances de la cultura patria.

Poeta delicado en “Pinceladas”; emotivo en “Visión de Paz”; lírico y jugador de palabras en “La Aguja”; sintió la inspiración en su espíritu selecto y supo hacer de las letras la música hogareña que encontró en la prensa y en el libro la divulgación civilizadora que ha hecho de su autor un colaborador selecto en el movimiento intelectual del país.

El hombre, el individuo, tuvo un trazo interesante. Su barra moral podría describirse como la pieza honorable que representa el tahalí de la espada de un caballero, y así pasó por la vida estudiando, escribiendo, enseñando, prodigándose en beneficio de los demás.

La condición de educador es la que fundamentó su calidad humana; y en consecuencia de la misma podríamos asegurar que su labor perdurará, como el recuerdo conservado de las grandes figuras nacionales.

En la Academia Costarricense de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española, su asiento y su nombre servirán de guía para sus compañeros, en cuyo nombre me cabe el honor de hablar, y el minuto de silencio que oportunamente le dedicaremos al reiniciar nuestro trabajo en marzo del año venidero, será un tributo que adelanto ahora, asegurando a la vez en representación de la Academia, que el sitio que, por disposición de Dios, deja vacío don Hernán Zamora, será una luz orientadora para la Corporación literaria que lo contó entre sus más meritorios integrantes.

El Quinto Congreso de Academias de la Lengua Española

Informe de Arturo Agüero Chaves

Señor D. Hernán G. Peralta
Director de la Academia Costarricense de la Lengua
San José

Distinguido señor Director:

Tengo el honor de dirigirme a usted para rendirle el informe sobre las principales actividades y resoluciones del Quinto Congreso de Academias de la Lengua Española que tuvo lugar en Quito (Ecuador) del 23 de julio al 1º de agosto de 1968.

Es oportuno recordar que un ilustre colega ecuatoriano, D. Gonzalo Zaldumbide, ofreció en el Congreso de Buenos Aires (1964) la sede de su país para la próxima Junta, y tal ofrecimiento fue aceptado con sumo beneplácito por todos los delegados. Gracias, pues, a las gestiones del señor Zaldumbide se verificó este Congreso bajo el patrocinio de la Academia Ecuatoriana y el sustento económico del respectivo Gobierno. Por eso fue muy lamentable que don Gonzalo muriese antes de ver cumplido su anhelo, y que también no hubiera vivido hasta entonces otro distinguido miembro de la Academia Ecuatoriana, el Padre Miguel Sánchez Astudillo, quien como el señor Zaldumbide se interesó muchísimo por la celebración del Quinto Congreso en su país.

Quizá por haber desaparecido estos dos eminentes académicos, junto con la incierta situación política durante los meses anteriores a la fecha del Congreso, este no tuvo la misma organización de los cuatro anteriores; pero, con todo, en la marcha se fueron corrigiendo las imprevisiones y así los trabajos tuvieron el éxito deseado. Hay que destacar aquí la diligencia y solicitud constante de la señorita Piedad Larrea Borja, quien fue nombrada Secretaria General del Congreso en la Sesión Preliminar, por lo que merece todo nuestro reconocimiento.

Mi compañero de delegación D. Cristián Rodríguez y yo tenemos que agradecer, y mucho, las gentiles atenciones de don Miguel Angel Benalcázar, ecuatoriano de prócer estirpe que se

siente muy complacido en el cargo de Cónsul General de Costa Rica en su país. No podremos olvidar las reiteradas atenciones y muestras de simpatía que nos dispensó este caballero.

Las delegaciones fueron alojadas en el Hotel Inter-Continental, suntuoso y acogedor, y los trabajos académicos (sesión preparatoria, labor de comisiones, sesiones solemnes y plenarias) se realizaron en el Palacio Legislativo, igualmente cómodo y suntuoso.

Programa del Congreso

MARTES 23 DE JULIO: A las 4 p.m. Sesión Preparatoria.

MIÉRCOLES 24 DE JULIO: A las 9 a.m. Colocación de una ofrenda floral ante la estatua del Libertador y discurso de uno de los delegados. A las 10 a.m. Visita al señor Ministro de Relaciones Exteriores. A las 11 a.m. Solemne Sesión de apertura con asistencia del Excmo. Presidente de la República. A las 4 p.m. Trabajo de comisiones. A las 7:30 p.m. Recepción ofrecida por la Embajada Argentina en la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

JUEVES 25 DE JULIO: A las 9 a.m. Trabajo de Comisiones. A las 11 a.m. Visita al señor Ministro de Educación. A las 12 m. Sesión Solemne del Muy Ilustre Consejo en la Sala Capitular de San Agustín; y copa de champaña en el Claustro contiguo. A las 4 p.m. Mesas redondas con la prensa, escritores y profesores de castellano. A las 5 p.m. Trabajo de Comisiones. A las 7 p.m. Apertura de la Casa de Benalcázar, y acto ofrecido por la Embajada y el Instituto de Cultura Hispánica. A las 8:30 p.m. Recepción ofrecida por la Embajada de España.

VIERNES 26 DE JULIO: A las 9 a.m. Trabajo de Comisiones. A la 1 p.m. Almuerzo ofrecido por la Academia Ecuatoriana en el Claustro de San Francisco. A las 5 p.m. Primer Pleno y homenaje a José Joaquín Olmedo. A las 7 p.m. Recepción ofrecida por la Embajada del Paraguay y entrega de Diplomas de Honor a personalidades ecuatorianas.

SABADO 27 DE JULIO: A las 7 a.m. Viaje a Pimán y homenaje a Julio y Gonzalo Zaldumbide.

DOMINGO 28 DE JULIO: A las 11 a.m. Funeral por los Académicos fallecidos desde el IV Congreso de Academias, en la Catedral, y

oración fúnebre por el Padre Jorge Chacón S. I., académico de número. A las 4 p.m. Recorrido por la ciudad, visita a los templos, etc.

LUNES 29 DE JULIO: A las 9 a.m. Sesión de Comisiones. A las 3 p.m. Visita a la Biblioteca Ecuatoriana y homenaje al R. Padre Aurelio Espinosa Pólit, académico ecuatoriano fallecido. A las 5 p.m. Segundo Pleno y homenajes a Remigio Crespo Toral y Honorato Vázquez. A las 6:30 p.m. Homenaje de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (programa especial) a los delegados.

MARTES 30 DE JULIO: A las 9 a.m. Viaje a la ciudad de Ambato y homenajes allí a Pedro Fermín Cevallos, Juan León Mera y Juan Montalvo. A la 1 p.m. Almuerzo ofrecido por la Academia Ecuatoriana. A las 3 p.m. Sesión solemne y copa de champaña ofrecida por el Consejo de Ambato. Regreso a Quito.

MIÉRCOLES 31 DE JULIO: A las 9 a.m. Tercer Pleno. A las 4 p.m. Cuarto Pleno. A las 6:30 p.m. Coctel en la Cancillería.

JUEVES 1º DE AGOSTO: A las 11 a.m. Homenaje al Excmo. Monseñor González Suárez, Arzobispo de Quito y socio de número de la Academia Ecuatoriana. A la 1 p.m. Almuerzo ofrecido por el Excmo. Presidente de la República. A las 5 p.m. Sesión de Clausura (programa especial). A las 7:30 p.m. Coctel ofrecido por la Embajada Colombiana.

No es vano observar que este programa se alteró en parte, pues algunas Comisiones, como la tercera, encargada de los temas gramaticales, tuvo que realizar más sesiones de las señaladas a causa del copioso número de ponencias que debían discutir. Asimismo fue necesario un pleno más, porque no fue posible que estuvieran listas todas las recomendaciones en los fijados. Además la muerte del Cardenal de la Torre, miembro de la Academia Ecuatoriana, obligó a suspender algunos actos señalados para el 31 de julio y 1º de agosto.

Sesión preliminar

El 23 de julio, como lo indicaba el programa, se inició el Congreso con la sesión preparatoria, presidida por el Director de la Academia Ecuatoriana, don Julio Tobar Donoso (presidente nato). Se tomaron las siguientes resoluciones: 1º se acuerda que la precedencia de las Academias sea por su antigüedad; 2º se sortean

las vicepresidencias; 3º se elige Secretaria General del Congreso a la académica ecuatoriana Piedad Larrea Borja y de actas a don Humberto Palza, de Bolivia, 4º se nombra a don Rafael Lapesa (España), don Luis Alfonso (Argentina) y don Gonzalo Escudero (Ecuador) para integrar la Comisión de Credenciales; 5º se elige a don Julio César Chaves (Paraguay) para Relator General; 6º se instalan después las diferentes Comisiones y estas eligen su presidente, vicepresidente, secretario y relator.

El directorio del Congreso quedó constituido así: presidente D. Julio Tobar Donoso (Ecuador); Vicepresidentes D. Rafael Lapesa (España), D. León Rey (Colombia), D. Llambías de Azevedo (Uruguay); señor Mota (República Dominicana); D. Julio César Chaves (Paraguay), D. Julio Icaza Tigerino (Nicaragua); D. Arturo Agüero Chaves (Costa Rica); señor Gálvez (Honduras); D. Manuel Mujica Láinez (Argentina); D. Ernesto Juan Fonfrías (Puerto Rico); señor Tamayo Vargas (Perú); D. Pedro Lira Urquieta (Chile); señor Mejía Dutary (Panamá); señor Beltranena (Guatemala); señor Monterde (Méjico); señor Díaz Machicao (Bolivia); D. Hugo Lindo (El Salvador); Secretario General de la Comisión Permanente D. Luis Alfonso; Secretaria General del Congreso Pilar Larrea Borja; Secretario de actas D. Humberto Palza (Bolivia); Relator General D. Julio César Chaves (Paraguay).

Las comisiones de trabajo quedaron constituidas así:

I COMISION (“Régimen académico”): presidente D. Joaquín Calvo Sotelo (España); vicepresidente D. Pedro Lira Urquieta (Chile); relator D. Jorge Fidel Durón (Honduras); secretario el señor López Vallecillos (El Salvador). Formaron parte de esta Comisión otros académicos.

II COMISION (“Unidad y defensa del idioma”): presidente D. Guillermo Bustamante (Ecuador); vicepresidente Monseñor Quirós (Bolivia); relator D. Ernesto Juan Fonfrías (Puerto Rico); secretario el señor Zepeda Enríquez (Nicaragua). A esta Comisión se adscribió nuestro colega D. Cristián Rodríguez y otros académicos.

III COMISION (“Temas gramaticales”): presidente D. Rafael Lapesa (España); vicepresidente el señor Fradejas Sánchez (Ecuador); relator el señor Mejía Durtay (Panamá); secretario el señor Peña Hernández (Nicaragua). A esta Comisión me agregué, junto con otros académicos.

IV COMISION (“Temas lexicográficos”): presidente D. Alonso

Zamora Vicente (España); relator D. Luis A. Lezcano (Paraguay); secretario D. Justino Cornejo (Ecuador).

V COMISION (“Investigación, enseñanza y difusión del idioma”). presidente D. José Antonio León Rey (Colombia); vicepresidente el señor Jiménez Caballero (Paraguay); relator D. Gabriel Cevallos García (Ecuador); secretario el señor Pelayo García (Paraguay). Y otros académicos.

VI COMISION (“Temas varios”): presidente D. Manuel Mujica Láinez (Argentina); vicepresidente D. José Rumazo González (Ecuador); relator el señor Roque Gaona (Paraguay); Secretario el señor Sinán (Panamá).

Debo advertir que en estos actos preliminares no estuvo presente la delegación costarricense porque todavía en ese momento no había recibido los pasajes de avión y, por consiguiente, no había partido a Ecuador.

Sesión inaugural

El 24 de julio, en horas de la mañana, se celebró la solemne Sesión de apertura, en la sala mayor del Palacio Legislativo, con la asistencia del señor Presidente de la República y otros altos funcionarios de los poderes públicos y del cuerpo diplomático. El señor Presidente del Congreso, Tobar Donoso, abrió el acto con un elocuente discurso. Entre otros conceptos expresó que se reunían allí los representantes de una comunidad fraternal a trabajar en pro de “una lengua que no está llamada a decaer, una lengua que es un instrumento vital”. Destacó la estrecha relación que ahora existe entre todas las Academias de la Lengua, las cuales forman una verdadera comunidad, “una comunicación de hermanos unificados, inmortal por sus proyectos en el porvenir”. “Una lengua como la nuestra —añadió— no está en peligro de decaer. Es instrumento vivo y vital, fortalecido, no por el poderío presente de un solo pueblo, sino por el orgullo de su pasado incomparable”. Y remató su discurso el señor Tobar agradeciendo al Sr. Presidente Arosemena Gómez por el eficaz apoyo que dio para que se realizara este Congreso.

Contestó este discurso el jefe de la delegación argentina, D. Manuel Mujica Láinez, quien dijo: “De allende el mar venimos y de un extremo al otro de América. No nos trae el afán de la torturadora política, ni el ansia altanera del conflicto bélico. Lo que perseguimos, cada uno en la medida de sus fuerzas, es la

defensa de un habla pura.” Y continuó haciendo un elogio de la lengua española, que “flamea como un estandarte común, que nos apretuja en sus largas filas. Es la misma lengua incomparable que avanzó por los bosques terribles y por las planicies taciturnas: la que remontó los ríos sanguinarios como dragones; la que escaló las cordilleras nevadas; la que dialogó con ídolos y emperadores, y con la muerte... Es la misma de las proclamas célebres, que realzan la memoria de nuestros jefes patricios; la de los poetas, la de los pensadores; la de quienes forjaron nuestra literatura y nuestra filosofía; la que —Dios sea loado— no cesó de vibrar hasta que la recogimos en la maternal tibieza”.

Después de este discurso el señor Presidente de la República declaró inaugurado el Congreso y pronunció un discurso que fue también muy aplaudido. Dijo que “América está en un proceso acelerado por encontrar un mañana inmediato de grandes realizaciones”; y que desea verse “integrada a la más alta dimensión de la cultura y de la civilización”. Agregó que “América cultiva sus campos; América crece en sus ciudades; América es trigo y acero; caudal incontenible en sus ríos y misterio telúrico en sus montes. América es inmensa; América despierta. Necesita, busca, actúa, renovándose... Un credo social, de oportunidades universales, para todos los hombres, se entona por doquier. Este continente viene demandando en la humanidad un puesto estelar. Tiene con España su vínculo de amor y dolor, descubridora, colonizadora, conquistadora y postrer conquistada en un ciclo civilizador”.

El acto se había abierto con el Himno al Ecuador, y se clausuró con el Himno a Quito.

Primera sesión plenaria

El 26 de julio, en horas de la tarde, se verificó esta junta. D. Luis Alfonso, Secretario General de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias, leyó su informe, y dijo cuanto la mayoría de los académicos ya sabíamos acerca de la excelente, meritoria y eficaz labor que realizó la Comisión Permanente durante su primer período. En verdad fue ingente dicha labor: cumplió con todas las resoluciones del IV Congreso de Academias y hasta con algunas otras de Congresos anteriores; fue el vehículo más eficaz entre todas las Academias de la Lengua Española. Así, con esta labor tan activa, oportuna, inmediata y tenaz, la Comisión Permanente ha logrado excelentes frutos. Y algo que debe complacer muchísimo, es que, como dice D. Luis Alfonso, “por

primera vez en la historia de estas instituciones las Academias de los países de lengua española colaboran en una obra común”, y de una manera coordinada, mediante consultas recíprocas, de modo que todas han contribuido al estudio ponderado y cuidadoso del idioma, a su defensa, mejoramiento y unidad. Además de toda esta labor, que ya es considerable y valiosa, también por primera vez en la historia de nuestras instituciones varios miembros de Academias hispanoamericanas, al formar parte de la Comisión Permanente, junto con miembros españoles, también han formado parte de la Comisión de Diccionarios de la Real Academia Española, con voz y voto en ella. Esta colaboración ha proporcionado la inclusión de muchos términos y expresiones de Hispanoamérica, tan bien calificados como los de España, en el *Diccionario*. Pero todavía más, los miembros hispanoamericanos de la Comisión Permanente pueden asistir a las reuniones de la Real Academia, y toda esta participación es provechosa, tanto para las Academias de Hispanoamérica como para la Española. Pero yo diría que el provecho es mayor quizá para las Academias hispanoamericanas por las enseñanzas, la disciplina de trabajo y el estímulo que sus miembros adquieren en aquel medio científico de España y que a ellas luego transmiten.

Esta labor mereció un caluroso voto de aplauso para la Comisión Permanente, solicitado al Congreso por el delegado español D. Joaquín Calvo Sotelo. Este voto en honor de la Comisión había sido propuesto por las delegaciones colombianas y paraguaya, en la Comisión de “Temas Varios”.

A continuación D. Rafael Lapesa da lectura al informe referente a las actividades realizadas por la Real Academia Española durante los últimos cuatro años. El señor Lapesa, sucesor de D. Julio Casares en el cargo de Secretario Perpetuo, dividió su informe en diez capítulos: 1º ciclo de sesiones; 2º actividad de las comisiones de la Real Academia (de diccionarios, gramática, administración, publicaciones y del *Boletín*); 3º representación de la Real Academia en la Comisión Permanente; 4º académicos fallecidos; 5º Dirección de la Real Academia; 6º incorporación de miembros; 7º actos solemnes; 8º estado en que se encuentran los *Diccionarios*, la *Gramática* y la *Ortografía*; 9º publicación del *Boletín*; 10º convocatorias a concursos.

Este informe también mereció el aplauso de todos los delegados, pues reveló cuán importante, copiosa y asidua ha sido la labor de la docta Corporación.

Como último acto de esta sesión plenaria se tributó el homenaje dispuesto a Joaquín Olmedo.

Segunda sesión plenaria

Se verificó esta sesión el 27 de julio a las 11 y 30 minutos del día. Se inició con las palabras del académico hondureño D. Jorge Fidel Durón, en memoria de todos los académicos fallecidos durante los cuatro años comprendidos entre el IV Congreso y este. Luego se guardó un minuto de silencio, y además el presidente señor Tobar pidió a los congresistas que se pusieran de pie con el fin de honrar la memoria de don Pío Jaramillo Alvarado, venezolano ilustre recién fallecido.

Después el delegado español D. Alfonso García Valdecasas propuso a la asamblea que nombre una Comisión para que visite al Cardenal Carlos María de la Torre, académico ecuatoriano, quien se halla enfermo, y así se resuelve. La Comisión quedó integrada por el proponente García Valdecasas, D. Joaquín Calvo Sotelo, D. Alfonso Junco y D. Salvador Lara.

Tercera sesión plenaria

Se reúnen los delegados el 29 de julio, a las 5 de la tarde. Preside el señor Tobar Donoso. D. León Rey, Jefe de la delegación colombiana, lee un detallado e interesante informe sobre las actividades de su Academia, la cual, como se sabe muy bien, es una de las más activas y respetadas. Señala el informe la intensa colaboración del Instituto Caro y Cuervo y el apoyo del Gobierno, quien además de haber aumentado la subvención a la Academia, también ha creado un premio anual en la rama de filología para honrar la memoria del P. Félix Restrepo.

Luego D. Julio Ycaza Tigerino, jefe de la delegación nicaragüense, lee el informe sobre los trabajos realizados por su Academia durante el mismo período. Labor igualmente valiosa: estudio del Diccionario y enmiendas, propuesta de inclusiones de voces nicaragüenses, contestación de consultas, colaboración en la realización del primer Congreso Regional de Academias de Centroamérica y Panamá.

Se anuncia que el informe de la Academia Ecuatoriana se distribuirá entre los delegados, y que por eso no se leerá.

La Comisión II acordó solicitar a la Comisión Permanente que se dirija a la CELAM (Comisión Mixta encargada de redactar los textos litúrgicos) de España, para manifestarle la preocupación de las Academias de la Lengua por que sea correcta la redacción de los textos litúrgicos, con miras a la defensa y unidad del idioma español. Y también acordó que se pida la opinión

de las Academias de la Lengua sobre la redacción de dichos textos. Esta recomendación provocó un largo debate, en el que intervinieron los Monseñores Bermeo y Araneda, y los señores Pelayo García, Bustamante, Lapesa, Ycaza Tigerino, Tobar Donoso, León Rey, Battistessa y Peña Hernández. Del interesante cambio de opiniones se acordó nombrar una Comisión integrada por los Mons. Araneda, Quirós y Bermeo, junto con los señores Valdecasas, León Rey, Pelayo García e Ycaza Tigerino, la cual elevará al Congreso del CELAM, que se reunirá en Bogotá, los puntos de vista que sobre la redacción litúrgica tienen las Academias.

El señor presidente de la Comisión I, señor Calvo Sotelo, dio a conocer el proyecto de modificación al Reglamento de los Congresos de Academias. En vista de las atinadas reformas propuestas, el proyecto quedó aprobado por unanimidad, con una enmienda adicional propuesta por el delegado nicaragüense Peña Hernández, referente al orden de antigüedad de las Academias.

La misma Comisión I propuso darle un voto de reconocimiento a la Comisión Permanente y a su secretario don Luis Alfonso por su magnífica labor, y recomendó que se prolongara por un período más el cargo de don Luis. El Congreso acordó por unanimidad la recomendación de la Comisión I.

Esta misma "Comisión de Régimen Académico" propuso al Congreso una resolución que provocó un largo debate, con la intervención de los señores Tamayo Vargas, don Cristián Rodríguez, Lapesa, Rumazo González, Fonfrías, que se manifestaron en contra, y Cornejo, Mota e Ycaza Tigerino en favor. Me refiero al proyecto "por el cual vería (la Comisión proponente) con sumo agrado que se organizara en los EE.UU. de América, por iniciativa de los grupos hispanohablantes, una Academia de la Lengua Española". En vista de la manifiesta oposición de la mayoría, el señor Calvo Sotelo, presidente de la Comisión I, retiró el proyecto; pero el señor Ycaza Tigerino se opuso al retiro, porque el presidente de una comisión de trabajo no tiene facultad para ello. Con esto se prolongó y encendió, hasta que, sometido a votación el proyecto, fue rechazado por gran mayoría de votos.

Terminó esta sesión con un sencillo homenaje al Perú, país hermano que ayer festejó su fiesta de Independencia: la Asamblea se puso de pie para rendir el homenaje.

Cuarta sesión plenaria

El pleno se reúne a las 8 de la mañana del 30 de julio. El relator de la IV Comisión, señor Lezcano, da lectura a las reco-

mendaciones acordadas sobre lexicografía: inclusión del vocablo *aceuxis* para denominar el encuentro de dos vocales en la palabra, que no forman diptongo, e incluir en el artículo *hiato* la acepción de *aceuxis*, lo cual se aprueba; recomendar a la Real Academia el estudio y estímulo del vocabulario marino, recogido por el académico español Almirante D. Julio Guillén, lo que también se aprueba; propuesta de ampliar el número de americanismos en el Diccionario, con observaciones del Sr. Lapesa, sobre el caso frecuente de que un americanismo suele usarse en varios países de Hispanoamérica, y del señor Lira, en el mismo sentido, con la intervención del señor Durón, quien recuerda que ya existe una recomendación del III Congreso de Academias sobre el asunto. Por último el señor Palza propone que se devuelva este dictamen a la Comisión IV para que, debidamente redactado se presente en la próxima sesión plenaria.

La Comisión II, por medio de su relator Fonfrías, presenta sus dictámenes. El primero, en vista de las ponencias del académico boliviano D. Humberto Palza (“Mejoramiento del idioma español”) y del chileno D. Hugo Monterde, se recomienda al Congreso pedir a los Ministerios de Educación y a las Universidades que intensifiquen la enseñanza en la educación básica, media y superior, apoyándola en el estudio y conocimiento de las obras maestras de la literatura hispánica; esta proposición es aprobada. Se acoge y aprueba también otro dictamen de esta Comisión (ponencias del académico nicaragüense Ycaza Tigerino y del paraguayó Giménez Caballero), en el sentido de recomendar a las Universidades y a los Gobiernos, en su caso, que en las escuelas de periodismo se establezcan cátedras para la formación de locutores de radio y televisión para el buen empleo del idioma, y que en los países donde no existan estas escuelas se creen dichas cátedras; y que se establezcan breves programas radiales y de televisión destinados a la corrección idiomática, y que estimulen a los locutores que se caractericen por el buen empleo del idioma con premios y otros medios; que se gestione ante los gobiernos la legislación adecuada para que locutores de radio y televisión tengan la debida preparación idiomática; por último (ponencia del señor académico ecuatoriano: “Difusión de los medios básicos de conocimiento del idioma”): encargar a la Comisión Permanente que estudie los medios de obtener la máxima y más barata difusión de las primordiales bases de ilustración idiomática, como el Diccionario, la Gramática, las innovaciones autorizadas, etc.

Después de proponer el señor García, de Panamá, que se difunda la labor de este V Congreso y de las Academias, continúa en su exposición el relator Fonfrías, para someter a consideración

de la Asamblea la proposición de: 1º intensificar en las comunidades indígenas el estudio del español para que vaya sustituyendo a la lengua indígena, y 2º usar todos los recursos para el cumplimiento de esta resolución”. Este dictamen de la Comisión II provocó un acaloradísimo debate, pues fue atacado severamente por varios señores académicos, entre otros D. Justino Cornejo, D. Julio César Chaves, Agüero y otros. Para ellos debiera hacerse todo lo contrario, no solo porque se deben conservar las lenguas indígenas, sino porque el bilingüismo es una de las características de países como el Paraguay, donde la misma Constitución establece que tanto el castellano como el guaraní son lenguas nacionales. Y, como dijo el señor Chaves, los paraguayos tienen a mucho orgullo el guaraní, lengua en que Luis de Montoya escribió su gramática, y González de Santa Cruz pronunció sus discursos, pero sin que esto fuera en menoscabo del español, según lo prueba la realidad, y el hecho de que un gran orador en guaraní como Manuel Gondra, fuese uno de los primeros escritores en lengua castellana que tuvo el continente americano.

El Dr. Lapesa, tan prudente y hábil mediador, como siempre, interviene para decir que a su juicio el artículo propuesto por la Comisión II está mal redactado, y de ahí la interpretación que se le ha dado. Propone la siguiente redacción, que se aprueba: “Los gobiernos intensificarán la enseñanza del español en las comunidades aborígenes con todo respeto a sus lenguas vernáculas”.

Se conoce otra proposición que obedeció a una ponencia de la Academia Colombiana: “Recomendar a los Gobiernos de las naciones hispanoamericanas que tomen las medidas conducentes a fin de que a los niños del respectivo país se les enseñe a hablar, leer y escribir en lengua española antes de iniciarlos en lengua extranjera”. El académico de Colombia D. Luis Flórez se refiere a la intención de este proyecto, y dice que en su país muchos niños empiezan la enseñanza en inglés y no en su lengua materna. Hablan los señores Cornejo, Rodríguez, Bustamante y Agüero Chaves para respaldar este proyecto, que al fin se aprueba.

A continuación se somete a la consideración del pleno una importante ponencia del delegado puertorriqueño Fonfrías, referente al doblaje de películas: “1º que se organice y establezca una escuela de traductores para el doblaje de películas; 2º que mientras tanto las empresas escojan personas competentes para tales doblajes, o acepten el asesoramiento de las Academias; 3º recomendar a los Gobiernos de los países hispanohablantes que entre los requisitos para admitir las películas a pública exposición se incluya el que su lenguaje respete la unidad y pureza del idioma”. Este proyecto se aprueba, y los académicos Agüero Chaves

y García Valdecasas denuncian el caso de las pésimas traducciones al español, y recomiendan que se insista en lo que se acordó al respecto en el IV Congreso de Academias.

Quinta sesión plenaria

A las 9 y 30 minutos de la mañana del 31 de julio se inicia esta sesión, y con motivo de haber fallecido el académico ecuatoriano Cardenal de la Torre, lo primero que se aprueba es tomar un acuerdo de condolencia y nombrar una comisión integrada por los Monseñores Quirós, Bermeo y Araneda, junto con los señores Valdecasas, Durón y Tamayo para que represente al Congreso en los funerales.

Después el señor Palza, en nombre de varias delegaciones, propone a la Asamblea el siguiente proyecto de resolución: “Cumpliendo su misión de honrar y conservar la memoria de los que con su obra prestaron brillo y belleza a la lengua, se adhiere a la conmemoración del centenario del nacimiento del poeta boliviano Ricardo Jaime Freire, que celebra en el presente año, y en mérito a haber sido, juntamente con Rubén Darío y Leopoldo Lugones, uno de los mayores promotores del modernismo en las letras americanas”. Toman la palabra los académicos Tamayo Vargas, López Vallecillos, Gálvez, Battistessa, Lapesa y Zepeda Henríquez para apoyar el proyecto, que se aprueba por unanimidad.

El señor Fonfrías, relator de la Comisión II lee el siguiente proyecto de resolución: “El V Congreso de Academias de la Lengua Española acuerda: pedir a la O.E.A. se haga valer su alta autoridad para que los establecimientos educativos de los EE.UU. que aún no enseñen el español, incluyan esta enseñanza, y para que los establecimientos pertinentes utilicen de preferencia los servicios de profesores bien formados, nacidos y graduados —dentro de lo posible— en Hispanoamérica”. Con el pedido del académico señor Cornejo, de que se suavice la redacción del proyecto, este se aprueba, pero lamentablemente no se advirtió el error involuntario de no incluir a los graduados en España, lo que se debiera enmendar.

Luego da lectura el señor Fonfrías a otro dictamen de la Comisión, que ha obedecido a una propuesta del académico colombiano Rodríguez Guerrero; en el dictamen se pide a los poderes legislativo y ejecutivo de los países hispánicos adoptar medidas para la expedita y barata circulación del libro. El académico salvadoreño D. Hugo Lindo informa que la Unesco, en la Reunión de Florencia, tomó ya un acuerdo semejante, que favorece la libre circulación

del libro en cualquier idioma. Entonces se resuelve solicitar a los gobiernos el cumplimiento del acuerdo tomado en Florencia.

Agotadas las proposiciones de la Comisión II, el presidente de la Comisión IV (“Temas lexicográficos”) lee los proyectos de resolución acordados por ella: 1º recomendar que se pase a la Comisión de Diccionarios de la Real Academia Española los nuevos americanismos (ponencias de las Academias Colombianas y Paraguayas), lo que se aprueba; 2º proponer la redacción de un vocabulario de marina (ponencia D. Julio Guillén), lo que también se aprueba; 3º proyecto de redactar un diccionario del delito (ponencia del señor Cornejo), que se aprueba; 4º insistir en que se cumpla la resolución N° 21 del Congreso de Bogotá, lo cual se aprueba, (reedición del Diccionario Manual de la Real Academia); 5º felicitar a la Comisión de Diccionarios por su labor, según las ponencias colombiana y paraguaya (aprúbase); 6º felicitar al Seminario de Lexicografía de la Real Academia por su extraordinaria labor (ponencia colombiana), lo que al ser aprobado los señores Zamora Vicente y Lapesa agradecen; 7º insistir en el cumplimiento del apartado e, resolución N° 21, del Congreso de Bogotá (sobre la unificación del vocabulario técnico), y al ser aprobado se propone además la creación en cada Academia de una Comisión que estudie este asunto, y D. Rafael Lapesa propone que la Comisión Permanente señale temas concretos sobre este vocabulario técnico, mientras que el señor Rodríguez apoya al Secretario de la Real Academia señor Lapesa y ataca a los economistas; a continuación don Rafael habla de nuevo para señalar el peligro actual de que los países adopten diversas acepciones para un vocablo, de modo que se debe evitar la anarquía sin alentarse proyectos demasiado ambiciosos, sino estudiando el asunto por campos determinados y evitando así la fisura del idioma; 8º crear en el seno de las Academias seminarios de lexicografía (ponencia de las Academias Argentina y Boliviana), proyectos que se aprueban; 9º que todos los vocablos que supongan enmiendas al Diccionario pasen a la Comisión Permanente (se aprueba); 10º que se estimule el estudio de las lenguas aborígenes y la formación científica de investigadores (se aprueba); 11º aconseja la publicación de voces que tengan connotación sexual (se aprueba); 12º transcripción de nombres rusos (ponencia de Antonio Tovar, se aprueba); 13º recomendar a la Real Academia la intensificación de los estudios sobre los americanos de la época hispánica (según la ponencia de la Academia Argentina de Letras), lo que después de un debate en que intervienen los delegados Flórez, Fonfrías, Mujica Láinez, Peña Hernández y García, se aprueba; 14º se recomienda que las observaciones al Diccionario se envíen a la Comisión de Diccionarios

de la Real Academia (se aprueba); 15º recomiéndase la vigilancia de los americanos que puedan ser innecesarios (ponencia de la Academia Argentina de Letras).

Esta ponencia, aprobada por la Comisión V, provoca un prolongado y encendido debate, pues D. Luis Alfonso pide que se aclare el término “innecesario”. Los señores Tamayo y Armas se pronuncian en contra del proyecto, mientras que el señor Peña Hernández declara que la resolución sería peligrosa, porque podría frenar el enriquecimiento del idioma. Fonfrías se opone también, y D. Hugo Lindo, quien califica la ponencia de vaga, y “que convertiría a los lingüistas en jueces de algo más que el idioma, de la belleza”. El señor García dice que el proyecto carece de valor práctico, y los señores Romero y Zepeda se abren también. Pero el señor Battistessa defiende la ponencia de su Academia, y se apoya en un párrafo de Cuervo, que lee. El señor Zamora Vicente propone una especie de transacción, cambiando el término “americanismo” por “vulgarismo”, pero el debate continúa, con la intervención de los delegados Rumazo González, Tamayo Vargas, Flórez, Battistessa, Palza, Rodríguez, Piedad Larrea, Moscoso Vega y Monterde. Por fin se cambia totalmente el texto del proyecto como sigue: “Recomendar la vigilancia sobre el uso de vulgarismos, neologismos y localismos”.

Seguidamente se someten a la consideración de este pleno las proposiciones de la Comisión III (“Temas gramaticales”).

1º Vista la ponencia de la Academia Nicaragüense, que recomienda aprobar que “cuando la locución *si no* se emplee con valor elíptico, la partícula *no*, que la integra, podrá llevar acento diacrítico”, los señores Agüero Chaves, Monterde, Rodríguez y Lapesa manifiestan su desacuerdo. También D. Hugo Lindo agrega que la proposición es innecesaria, pues no manda ni prohíbe. Lo mismo piensa el señor Cornejo. Por fin se somete a votación y queda rechazada.

2º Ante la ponencia de la Academia Ecuatoriana, sobre “Archivos de la palabra”, la Comisión resuelve solicitar a las Academias que informen a la Comisión Permanente el cumplimiento de la resolución tomada sobre este punto por el IV Congreso de Academias (formación del archivo de la palabra en cada país de habla española, en todos los niveles: habla culta de figuras prominentes, coloquial, etc.) Esta resolución se aprueba.

3º Se aprueba el proyecto de resolución tomado en vista de la ponencia de la Academia Paraguaya: recomendar que en la enseñanza gramatical se insista en la diferencia de usos de los pronombres personales de tercera persona y los reflexivos o recíprocos.

4º Proposición, de acuerdo con la ponencia de la Academia Salvadoreña, sobre el uso de la *w*: a) de las 29 letras del alfabeto español, la *k* y la *w* sólo se emplean en palabras de procedencia extranjera, que las llevan por su origen; b) que en el encabezamiento de la página de la letra *w* se indique entre corchetes la pronunciación que debe dársele.

D. Rafael Lapesa no está de acuerdo, porque ¿cómo se dirían *kantiano* y *wagneriano*? Y el señor Pelayo García dice que los apellidos alemanes se prestan a confundirse con nombres castellanos. El señor Monterde propone que la redacción de este proyecto, modificada, se le encargue al señor Lapesa, y así se aprueba.

5º Recomendación (ponencia de la Academia Panameña) de que en la enseñanza gramatical se insista en corregir la vicisa colocación del pronombre de segunda persona del singular entre el interrogativo y el verbo, como: ¿Qué tú quieres? ¿Dónde tú trabajas? Se aprueba sin discusión.

6º Que se estudie (ponencia de la Academia Nicaragüense) si el término *accidente gramatical* se debe entender limitado a modificaciones flexivas de las palabras o comprende también modificaciones perifrásticas. Se aprueba.

7º Según la ponencia de la Academia Ecuatoriana, declarar la simpatía por cualquier reforma ortográfica que, fundada en la ciencia y en la historia, fuese precisa y discreta. Se rechaza por innecesario.

8º Recomendar (ponencia de la misma Academia) que en cada tratado de ortografía haya una introducción en que el autor justifique que muy lejos de ser una imposición de las Academias es una unificación que responde a exigencias de la sociedad, y que su aprendizaje es necesario para mantener la unidad de la lengua escrita frente a las tendencias diversificadoras del lenguaje oral. Y también que la Real Academia sea la primera que dé este ejemplo en la próxima edición de su Ortografía. Se aprueba, con la opinión de D. Luis Alfonso: que también debe recomendarse esto a los autores.

9º Que las voces *pijama* y *piyama* pertenecen al género ambiguo (ponencia de Nicaragua). Se aprueba.

10º Ponencia de la misma Academia, por la cual se pide que las Academias elaboren listas de expresiones viciosas usadas en sus respectivos países, para que se envíen a la Comisión Permanente, a fin de que se pueda elaborar el Atlas de pronunciaciones, y que luego este Atlas se remita a las Academias para que

por medio de consultas recíprocas acuerden la aplicación de los medios más adecuados para lograr la corrección o mejoramiento del lenguaje oral. Se aprueba.

11° Se recomienda la siguiente resolución (ponencia de la Academia Ecuatoriana): 1° que se pida a la Real Academia Española dedicar un capítulo de la futura Gramática al estudio completo del gerundio, y dé más flexibilidad a las normas de su uso; 2° que si bien los problemas de uso, limitados a áreas geográficas concretas, no pueden tener cabida en la Gramática, sí pueden darse normas orientadoras que competan a las Academias de cada país.

Esta proposición origina un debate largo e interesante, con la intervención de varios delegados. Para el señor Lindo el gerundio “es una de las expresiones más hermosas y características del idioma español”, y agrega que “el espíritu del proyecto es una transacción con la ignorancia y la pereza”. Por esto, y porque teme que un acuerdo semejante provoque la dispersión de las normas, conspirando así contra la unidad de la lengua, se declara en contra del proyecto. Agüero se solidariza con el señor Lindo, pero el señor García, de Panamá, considera que “este proyecto es una conquista”. Por otra parte D. Rafael Lapesa opina que el uso del gerundio debe unificarse y simplificarse, y ensanchar su campo, y la académica ecuatoriana Piedad Larrea explica cuál fue la intención de esta ponencia suya. Luego intervienen los señores Lezcano, Monterde y la señora de Arévalo. Por último se somete a votación el asunto y resulta rechazado, pero se acuerda que cada Academia estudie el uso del gerundio en el país respectivo.

Sexta sesión plenaria

Tuvo lugar el 31 de julio, a las 5 de la tarde, siempre bajo la presidencia del señor Tobar Donoso.

El señor Bustamante, presidente de la II Comisión, informa sobre la misión de los académicos nombrados por el Congreso para expresar su duelo por la muerte del Cardenal de la Torre. Dice que el delegado Monseñor Araneda Bravo pronunció en nombre del Congreso una hermosa oración fúnebre en el templo de Santa Teresita.

El relator de la I Comisión de trabajo señor Durón presenta otros dictámenes:

1° “Estimular a las Academias de la Lengua de Centroa-

mérica y Panamá para que, dentro del marco del sistema actual de la Asociación de Academias de la Lengua Española y en colaboración con ella, continúen y amplíen la labor realizada, y solicitar a los gobiernos de Centroamérica y Panamá todo su apoyo a esta importante labor de las Academias de dichos países". El proyecto es aprobado.

2º Pedir a las Academias asociadas que estudien la forma y conductos mejores a fin de que mantengan vinculación directa, e intercambien información, libros y revistas". También se aprueba este otro proyecto de resolución.

D. Ernesto Juan Fonfrías, académico de Puerto Rico, propone la siguiente resolución: "Proceder lo más rápidamente posible a la edición de un Diccionario de Americanismos; proponer la creación de institutos de lexicografías en las Academias, para que estudien los términos propios de su ámbito territorial; que estos estudios se sometan al tamiz de la Comisión Permanente y a la Comisión de Diccionarios de la Real Academia Española; aceptar la invitación de la Academia Puertorriqueña de la Lengua, hecha por conducto de don Ernesto Juan Fonfrías, para que se celebre en Puerto Rico la I Reunión de Lexicografía Hispanoamericana, si es ya posible en 1969; tomar nota del ofrecimiento hecho por el académico Fonfrías, en el sentido de que la Academia Puertorriqueña sufragará los gastos materiales de organización y celebración de la I Reunión de Lexicografía Hispanoamericana".

La proposición del señor Fonfrías tuvo una calurosa acogida; varios delegados pidieron la palabra para felicitarlo por su iniciativa, y esta se convirtió en resolución del Congreso.

Luego el señor Zamora Vicente presenta dos dictámenes de la IV Comisión. El primero reza así: "A propuesta de la Academia Argentina de Letras, el V Congreso de Academias recomienda a las Academias asociadas la vigilancia crítica sobre el uso de vulgarismos, neologismos superfluos y localismos". Es aprobada la recomendación. Y el segundo así: "Vista la ponencia del señor Cornejo, que versa sobre quince observaciones al Diccionario general, el V Congreso recomienda su remisión a la Comisión de Diccionarios de Madrid, para su estudio". Se aprueba.

El delegado paraguayo D. Roque Gaona presenta el dictamen de la IV Comisión, de Temas Varios.

1º Se propone que el día 13 de marzo de 1969, centenario de Menéndez Pidal, cada una de las Academias celebre una sesión especial; que los discursos pronunciados sean recogidos

en volumen; que las Academias obtengan la adhesión de las instituciones literarias y de los medios de difusión de cada país." El proyecto es aprobado.

2º Vista la ponencia de la Academia Ecuatoriana, "se propone el establecimiento de un premio anual bajo el nombre de Premio Academias de la Lengua." Pero la Comisión ha propuesto que el proyecto se envíe a la Comisión Permanente, y así se aprueba.

3º Se propone: a) Recomendar a los académicos el envío de ejemplares de sus obras a la bibliotecas de las Academias. b) Recomendar que cada Academia envíe a sus similares un boletín con información bibliográfica. c) que se remita igualmente dicho boletín a las editoriales. Se aprueba.

4º Como lo solicita la ponencia de la Academia Puertorriqueña, se propone: a) Crear en la Real Academia Española una galería de ilustres académicos hispanoamericanos fallecidos. b) Abrir un concurso lingüístico bajo el nombre del Padre Félix Restrepo. Se aprueba, con felicitaciones para la Academia proponente y su delegado Fonfrías.

5º Felicitación de las Academias Paraguaya y Colombiana a la Comisión Permanente por su brillante labor. Se aprueba.

6º Se reitera a las Academias el envío de las hojas de vida, bibliografía y dirección postal de los académicos. Se desecha porque se considera superfluo.

7º Se rechaza el siguiente proyecto: que en cada Congreso de Academias se celebren sesiones literarias.

8º Se aprueba: que en los Congresos de Academias se rindan tres clases de homenajes: uno a los escritores del país; otro conjunto a los académicos fallecidos en España, América y Filipinas; homenajes especiales en el caso de centenarios de nacimiento o fallecimiento de escritores.

Después el relator de la III Comisión continúa la lectura de las proposiciones correspondientes:

1ª Propone, en vista de la ponencia presentada por la Academia Nicaragüense: a) encarecer a las Academias asociadas que elaboren la lista de pronunciaciones viciosas de sus respectivos países y las envíen a la Secretaría de la Comisión Permanente, a fin de que se pueda elaborar el Atlas de tales pronunciaciones; b) que sean remitidas copias del Atlas a las Academias, para que mediante consultas recíprocas acuerden la aplicación de los medios más adecuados para lograr la corrección o mejoramiento del lenguaje oral. Así se aprueba.

2ª Declarar (ponencia de la misma Academia) que la recta

pronunciación del término *folklore* o *folklor* se realiza mediante la articulación y enlace de las tres sílabas *fol-klo-re* o las dos sílabas *fol-klor*; y se permita reemplazar la *k* por la *c* en la escritura de dicha palabra y sus derivadas y afines. Después de hablar sobre este asunto los académicos Ycaza Tigerino, Rodríguez, Cornejo y Lezcano, se aprueba la proposición.

3ª Vista la ponencia de la Academia Paraguaya, y teniendo en cuenta que en Hispanoamérica está muy extendido el uso de *talvez*, en una palabra, aguda, con un solo acento, la Comisión propone la resolución siguiente: “Que se solicite de la Real Academia Española incluir en el Diccionario la palabra *talvez* como adverbio equivalente a *tal vez*.” Se aprueba.

4º Proyecto de resolución, de acuerdo con la ponencia de la Academia Colombiana: “Se encarece que en todo título, aviso o anuncio, etc. se marquen las tildes preceptuadas por la Ortografía, cualquiera que sea el tipo de letra que se emplee.” El señor Lindo recuerda que la norma existe, pero no se aplica por dificultades técnicas. Pero el señor Lapesa manifiesta que se trata de rótulos, anuncios, carteles, etc., y el proyecto se aprueba.

5º Según ponencia de la Academia Nicaragüense, la Comisión propone: “Cuando no encabecen párrafo o escrito o no formen parte de un título, se recomienda escribir con minúscula inicial los nombres de los días de la semana, de los meses, de las estaciones del año y de las notas musicales. Se aprueba.

6º Se propone (ponencia de la Academia Ecuatoriana) que las Academias recomienden a los centros de investigación lingüística de cada país el análisis riguroso de los fenómenos de entonación, con atención a las variedades regionales y estudio comparativo con la entonación de las lenguas que coexistan con el español en las zonas bilingües. Se aprueba.

7º Conocida y discutida la ponencia de Nicaragua, la Comisión propone: a) Se reconoce que la pronunciación *ks*, *gs* de la *x* se simplifica frecuentemente en *s*, aun dentro de la pronunciación correcta, en interior de palabra entre vocal y consonante, así como en principio de palabra, sin que por esto deba proscribirse en modo alguno la pronunciación completa del grupo consonántico; b) se autoriza la pronunciación de la *x* con el valor fonético de *j* en grafías como *México*, y afines, *Ximena* y otros nombres propios de persona, y geográficos como *Xalteva* y afines, en que razones de orden histórico-lingüístico-sentimental obligan a tales grafías. Se aprueba.

8º Vista la ponencia de la Academia Paraguaya, la Comisión propone: que en la nueva redacción de la Gramática académica se tengan en cuenta las resoluciones o recomendaciones

de Congresos anteriores respecto de los términos *atributo* y *predicado*, y se ponga fin a la anarquía con que se emplean dando a cada uno sentidos diversos; y que se fijen también los valores que deban darse a *predicativo*, *atributivo* o *copulativo*. Se aprueba.

9º Recomienda (ponencia del académico colombiano D. Rafael Torres Quintero): a) que en cada Academia se cree una comisión de terminología gramatical que estudie un léxico mínimo para la enseñanza primaria y secundaria del idioma, léxico que, una vez consultado y aceptado en principio por la mayoría de las Academias, se presente a la aprobación general del próximo Congreso; b) que, entre tanto, los profesores y autores de textos de español en cada país hispanohablante consulten a su respectiva Academia o a la Comisión Permanente de la Asociación sobre el empleo más aconsejable de términos gramaticales; y c) que en la nueva gramática que está preparando la Real Academia Española se utilice la terminología que más fácilmente pueda ser acatada y seguida por todos en la enseñanza de nuestra lengua. Así se aprueba.

10º Se recomienda a las Academias asociadas que cada una contribuya a estudiar el uso actual de las preposiciones en la respectiva nación y que vayan publicando y enviando al Boletín de la Comisión el resultado de sus pesquisas. Esta proposición, que obedeció a una ponencia de la Academia Colombiana, se aprueba, con el fin de corregir los usos que se consideren impropios, como “*a* objeto de”, “camino *a* seguir”, “de acuerdo *a*”, etc.

En fin, se aprobaron otras ponencias, como el estudio del voseo por las Academias de los países donde existe el fenómeno, con el fin de formar un Atlas del mismo; modificación del precepto sobre la escansión silábica del grupo *tl* para que se admitan como correctas tanto la separación de *at-las* y semejantes, como *a-tlas*, etc.; recomendación a las Academias que informen sobre el uso, alcance y nivel de construcciones como “programa a desarrollar”, “programa a seguir” en sus respectivos países, y que comuniquen su opinión que tales construcciones les merezcan; y así otras no menos importantes que oportunamente se irán conociendo. Pero con todo y que me han faltado algunos datos para este informe, creo que mi relación queda bastante completa en lo que se refiere a lo principal, como son los acuerdos del Congreso.

Sesión de clausura

Se verificó el jueves 1º de agosto, a las 5 de la tarde. Se tenía preparado un programa especial para que fuera muy solemne, pero a causa del duelo nacional por la muerte del Cardenal de

la Torre fue necesario reducirlo a lo indispensable solamente, de modo que hasta se prescindió de los discursos que en Congresos anteriores han solido pronunciar en esta sesión los jefes de las delegaciones. Desde luego que se prescindió también del almuerzo que daría el señor Presidente de la República y el coctel de la Embajada Colombiana.

Viajes, visitas, agasajos y homenajes

Se colocó, el segundo día del Congreso, una ofrenda floral ante el monumento del Libertador, y la Embajada Argentina ofreció una recepción en la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Se visitó al señor Ministro de Educación el jueves 25 de julio, y este mismo día se celebró una sesión solemne por el Ilustre Concejo de Quito en la sala Capitular de San Agustín, seguida de una copa de champaña en el Claustro contiguo; luego, mesas redondas con la prensa, escritores y profesores; un acto ofrecido por la Embajada Española y el Instituto de Cultura Hispánica, con la apertura de la Casa de Benalcázar; en la noche recepción ofrecida por la misma Embajada de España, y, en fin, otros actos y agasajos en honor de los académicos.

Se rindieron homenajes a Olmedo; a Julio y Gonzalo Zaldumbide; a Espinosa Pólit; a Remigio Crespo Toral y Honorato Vásquez; a Juan Montalvo, Pedro Fermín Cevallos y Juan León Mera.

Con ocasión del homenaje a Julio y Gonzalo Zaldumbide se viajó a Pimán, y con ocasión del homenaje a Montalvo, León Mera y Cevallos a la bella y lejana ciudad de Ambato. Este viaje será inolvidable para la delegación costarricense, porque no se podrán borrar de su memoria aquellos soberbios paisajes ni las espléndidas atenciones recibidas en la patria de Montalvo.

Con esta nota emotiva, que siempre ha surgido en mis viajes a los países que forman la comunidad hispánica, ligada sobre todo por el idioma, termino este informe, para quedar a sus gratas órdenes.

ACTUALES ACADEMICOS DE NUMERO
DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

- Sr. D. Hernán G. Peralta - *Director*
Sr. D. Juan Trejos Quirós - *Secretario*
Sr. D. José Marín Cañas - *Tesorero*
Sr. D. Otilio Ulate Blanco
Sr. D. Julián Marchena Vallerriestra
Sr. D. Samuel Arguedas Catchengis
Sr. D. Luis Demetrio Tinoco Castro
Sr. D. Luis Felipe González Flores
Sr. D. Alejandro Aguilar Machado
Sr. D. Enrique Macaya Lahmann
Sr. D. Arturo Agüero Chaves
Sr. D. León Pacheco Solano
Sr. D. José María Arce Bartolini
Sr. D. Cristián Rodríguez Estrada
Sr. D. Alberto Cañas Escalante
Sr. D. Carlos Luis Sáenz - *electo*
Sr. D. Isaac Felipe Ozofeifa - *electo*